

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 6 de Octubre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Un pequeño país y un gran Presidente... *R. Blanco Fombona*
 El Presidente del Paraguay... *Fco. García Calderón*
 José Pijoán... *Manuel Pedro González*
 Del poliedro americano... *Elena Torres*
 Página lírica... *Pedro Salinas*
 Página para Pedro Salinas... *Gabriela Mistral*
 Venganza... *Hernán Zamora Elizondo*
 El terror de Venezuela (y 3)... *Isidro Fabela*

Una rectificación y una denuncia... *Haya Delatorre*
 Con Haya Delatorre... *Alberto Masferrer*
 La Locura del Hielo... *J. Albertazzi Avendaño*
 No hay tal Doctrina Monroe... *Alberto Masferrer*
 No es posible abstenerse... *B. Sanín Cano*
 El trovador colombiano... *Raf. Arévalo Martínez*
 Tablero...

A semejanza del número extraordinario de *El Sol* sobre Méjico, que destaca tan bien las actividades nacionales de aquel país, su grado de cultura y de progreso, ha editado un periódico extranjero un número extraordinario sobre el Paraguay. Medio magnífico de propaganda que los gobiernos patriotas debieran utilizar más a menudo. En el caso del Paraguay, como en el de Méjico, nos damos pronto cuenta de los progresos que el país ha realizado y por dónde va la mayor eficacia del esfuerzo colectivo.

Así como en Méjico se opera una reintegración de las masas obreras al bienestar a que tienen derecho, elevándolas de nivel moral, intelectual y económico—y esa es la obra admirable de la revolución mejicana—, en Paraguay se opera una ascensión nacional hacia el optimismo y el bienestar, dentro del orden.

Es otra revolución, y esta revolución es obra de una minoría de hombres patriotas y muy preparados para ejercer la función de dirigentes.

Ningún pueblo moderno ha sufrido más que el Paraguay. Ninguno ha demostrado tampoco tan formidable energía. Caido a promedios del siglo XIX en una lucha homérica contra tres potencias aliadas—Brasil, Argéntina y Uruguay—, parecía que la confianza en el propio destino había quedado enterrada en la tumba del héroe nacional, Francisco Solano López, rival de los más ilustres defensores de pueblos. Pero el Paraguay ha sabido reaccionar poco a poco. La estrella de su escudo se ha encendido de nuevo y hoy fulge como en los días mejores.

Esta reacción, naturalmente, no se cumplió sin máximos esfuerzos. El nombre de un gran ciudadano irá unido en la historia de su país a esta etapa de resurrección de la voluntad nacional. Ese nombre es el de Juan E. O'Leary. Catedrático, periodista, historiador, este hombre bueno y modesto, caballero sin miedo y sin tacha, preparó los espíritus juveniles para la fe en la patria, difundió por medio de la prensa el optimismo, y como historiador reivindicó héroes e ideales que en la derrota inmerecida habían perdido su prestigio.

El Paraguay, ya repuesto de sus desilusiones y convencido nuevamente del papel

Un pequeño país y un gran Presidente



Dr. Eligio Ayala
 Ex-Presidente del Paraguay
 1924—15 de agosto—1928

que le toca representar en los destinos de América, abrió el corazón a la esperanza y se puso a preparar el porvenir.

¿Con qué resultado? Vamos a verlo. La agricultura toma un incremento inacostumbrado: el tabaco, el arroz, el maíz, el trigo, los frutos llevan el esfuerzo patrio y traen el oro extranjero. La sola hierba mate produce en 1925 diez millones de pesetas. El algodón, mucho más.

Y las industrias crecen a la par. La industria del cuero asume proporciones no conocidas allí otras veces. Los extractos de carne que saboreamos en Europa provienen en mucha parte del Paraguay. La cría de ganado vacuno, en consecuencia, prospera, y viene a ser un factor de cuenta en la vida económica del Paraguay.

El crédito del país se ha beneficiado de la prosperidad general y de la seriedad de sus finanzas y de sus financistas. El Paraguay, en efecto, es uno de los países americanos que, luego de pagar sus deudas internacionales y cubrir su presupuesto, queda con superávit.

* * *

Todo esto no ha sido, naturalmente, obra de la casualidad o la fortuna, sino del esfuerzo inteligente de una generación bien preparada: los O'Leary, los Caballero, los Aponte, los Benítez, los Bordenave, los Rivarola.

Pero esta etapa de la prosperidad y de la ascensión nacional, por obra del esfuerzo consciente, de la inteligencia previsora y laboriosa, se concreta también en un nombre. Ese nombre es el de Eligio Ayala. Ha sido el señor Ayala el presidente de la República durante los últimos años. Se puede hablar de él como de una figura histórica, porque dentro de pocas semanas entregará el Poder al presidente electo para sucederlo.

No es un bárbaro, es un universitario, y además hombre de carácter y virtudes públicas ejemplares.

Este doctor en ciencias sociales se especializó, para fortuna de su país, en cuestiones económicas. Ministro de Hacienda en una administración anterior, dió principio a la organización de las finanzas paraguayas, que bajo su Gobierno supo conducir y ahora lega a quien va a sucederlo tan prósperas y bien organizadas.

La figura de este personaje debe ser simpática a quienes no han visto en América sino políticos arbitrarios o políticos profesionales, chachareros y mediocres. El doctor Ayala es un intelectual, un escritor.

¿Cómo se ha conducido en el Gobierno, ya como ministro de Hacienda, ya como presidente de la República, este colega nuestro, este escritor D. Eligio Ayala?

Vamos a verlo. Poco grato a los profe-

sionales de la política, ajeno a pasioncillas en pugna, este hombre de pluma y de gabinete fué elegido presidente en momentos difíciles, por espíritu de conservación. El presidente Ayala organizó tan sólidamente las finanzas, que el superávit le acompaña durante los años de su gobierno. Ha dado incremento a la instrucción en forma varia, ya multiplicando las escuelas, ya trayendo a su país técnicos y profesores europeos; ha hecho brillar a su país en las asambleas internacionales por medio de representantes de tanta altura como el Sr. Caballero de Bedoya. Extendió y mejoró las vías de comunicación, fomentó el aumento de la producción nacional, levantó edificios y monumentos y, sobre todo y por sobre todo, estimuló la vida democrática e hizo efectiva la más absoluta libertad.

¡Quién diría que ese estadista era el mismo escritor que dedica sagaz estudio a la pintura española después de un viaje por España!

«Este es de los nuestros», podemos decir los escritores, y no sin cierto orgullo. Sobre todo, aquellos que pertenecen como yo a un país en que tiranuelos de campo y campamento han querido siempre desacreditar, en cuanto políticos, a los escritores, o en que éstos, por sí mismos, han conquistado y merecido el descrédito.

Dos palabras simbolizan el gobierno de este repúblico: honradez, talento.

En suma, ha sido uno de los más grandes presidentes de Suramérica en uno de los más pequeños países.

Yo le saludo con mucho gusto, quitándome el sombrero en su honor, al verlo descender la escalera de la Casa de Gobierno, desde este Madrid lejano que él visitó un día y recordó siempre.

R. Blanco-Fombona

(El Sol. Madrid)

Un presidente modelo. — *Francisco García Calderón, nuestro eminente colaborador, dedicó al presidente del Paraguay, don Eligio Ayala, una sobria página, que ayer publicamos. La figura del joven mandatario no era conocida entre nosotros; pero García Calderón nos la ha mostrado en plena luz. El señor Ayala es el tipo del gobernante modelo para estas democracias. Cultivado, filósofo, profundamente republicano, conocedor del alma de su pueblo, enemigo de la rutina. Ni ansioso de popularidad, ni indiferente al reclamo de las masas. En cuatro años ha logrado realizar en el Paraguay una evolución admirable. Se halló él con un problema igual al que aquí nos está abrumando. «Todos piden, anotaba el presidente, seguridad nacional, vías de comunicación, ejército, marina, ferrocarriles, puertos, muelles, higiene, diplomacia bien sentada, colonización, reforma instruccionalista, etc.» Es decir, lo mismo exactamente lo mismo que en Colombia; pero en lugar de pretender alocadamente como lo hicimos aquí, emprender todas esas obras a la vez, sin plan y sin recursos, el presidente Ayala sienta la fórmula de que «no se pueden perseguir fines, sin medios adecuados ni enhestar ambiciones y esperanzas sin crear recursos suficientes.» E inicia la obra del engrandecimiento patrio sobre bases seguras.*

García Calderón encuentra entre los mandatarios que ha tenido América sólo dos que puedan compararse a Ayala: Carlos E. Restrepo y Balmaceda, antes de que éste cayera en el autoritarismo.

El ejemplo de Ayala lo presenta García Calderón a estas democracias, para que no caigan en la tentación de entregarse en brazos de los «buenos tiranos.» El tipo del gobernante debe ser éste, que reforma sin destruir, que hace prosperar a la República,

dentro de la organización política recibida, confiando en el progreso, que no es la revolución y la marcha hacia el caos, sino, según Comte, el desenvolvimiento dinámico del orden.

(El Tiempo. Bogotá.)

El Presidente del Paraguay

—De El Tiempo. Bogotá.—

EN una ocasión Juan O'Leary, que ha exaltado en bellos libros a su pequeña patria heroica y sabe de toda verdadera grandeza, me hablaba con entusiasmo del presidente del Paraguay, don Eligio Ayala. En frases perentorias, con alto sentido patriótico, define su acción y se enorgullece al contemplar al lejano y noble país remozado, prosperado gracias a la gestión de un verdadero estadista. Ahora que un nuevo presidente va a dirigir los destinos de la república paraguaya, conviene recordar brevemente el esfuerzo del jefe que vuelve a su retiro, después de años operosos, seguro de haber servido, en el mejor sentido que podemos dar a esta palabra simple y antigua.

Ayala no es un caudillo con proclividad a ejercer dominio absoluto sobre los hombres. No abusa de naturales preeminencias. Es un presidente civil, educador. Aunque la oposición a su obra sea injusta, la respeta. No hay para él delito en la libre opinión, en el examen viril de actos entregados a las disputas de las gentes. Leed un documento de este notable conductor de una democracia en creciente y os convenceréis de que marida de armoniosa manera, la acción pertinaz y el discurso, es idealista si damos a este vocablo su verdadera significación, es decir, que impone ideas, plasma realidades en consonancia con una central aspiración de reformas.

Su mensaje presentado al congreso de su patria en 1927 me atrae porque ordena nociones precisas con elegancia, huye del vulgar empirismo sin perderse por eso en abstracciones, critica vicios serenamente, evita dos extremos, la excesiva confianza y el pesimismo: celebra alianza con el tiempo, agente necesario en el desenvolvimiento de pueblos desnudos de riquezas y pobres de habitantes.

No tiene cincuenta años el señor Ayala: nació en 1880. Ha residido dos lustros en Europa, estudiando en selectos centros del saber. Combatió la dictadura en su patria antes de imponerse voluntario destierro. Al volver a Asunción reveló extraordinaria capacidad para corregir funestos errores financieros y proponer útiles reformas. Este es el dón principal del sociólogo y del político. Reduce gastos, establece un presupuesto viable, combate sin tregua el despilfarro. Como ministro de hacienda, en 1920, se empeñó en remediar males derivados de una gestión viciada por el habitual recurso, los empréstitos; limitó y ordenó expensas, reformó el sistema de impuestos. Honradez y sinceridad le distinguían, y al ser elevado a la presidencia del país en 1924, volvió la confianza a los hombres activos, prosperó la agricultura, se aquietaron los espíritus turbados por la política, las rentas nacionales fueron empleadas en provecho común aguijado por un director laboriosísimo, constante, veedor y protector, trabajó intensamente un pueblo al mismo tiempo romántico y sensato.

Decíamos que el «quilate rey» en el presidente es su alta manera de dirigir las finanzas nacionales. Ha estabilizado la unidad monetaria, precautelando las posibles consecuencias de una brusca revalorización. Puso su conato en fundar un banco central para vigilar la circulación y el crédito, que sería «agente del interés público» respecto de los bancos particulares; pero no halló en el país las condiciones psicológicas necesarias para implantar tal reforma. En relación con los impuestos que trató de acrecer y de hacer efectivos, ha recordado a quienes parecen olvidarlo que son medios necesarios para mejorar servicios de utilidad general.

«Todos piden ansiosamente—escribe—y puede aplicarse esta crítica a nuestras repúblicas sin excepción: seguridad nacional, ejército, arsenal, vialidad, ferrocarriles, puertos, muelles, edificios públicos, obras sanitarias, policía integral, amplia de seguridad y de sanidad, diplomacia bien sentada, moneda sana, gran producción, flota fluvial, gran colonización interior, laboratorios completos para la enseñanza superior, muchas escuelas y sobre todo, sobre todo esto, elevados sueldos, sueldos exuberantes y sanguíneos». ¡Como llevar a cabo tantas modificaciones sin la colaboración de todos, elevada, generosa, por medio del impuesto! No sin ironía el señor Ayala, que es filósofo, explica que en este mundo en que vivimos «por desventura nuestra», no se puede perseguir fines sin medios adecuados, enhestar ambiciones y esperanzas sin multiplicar recursos.

A todos los aspectos de la actividad nacional consagra el señor Ayala continua atención. A la agricultura, y estimula la división de la propiedad, para crear un tercer estado ligado a la tierra, indispensable en sinceras democracias. Se preocupa de desarrollar la producción castiza, de modernizar las explotaciones, de aumentar el capital invertido. Llegan a la república inmigrantes y de ello se complace el presidente, a quien inquietó siempre la «escasez de habitantes» del territorio. Seguramente hará suya la fórmula de Alberdi: gobernar es poblar, que ha de ser corregida ahora porque la invasión de gente trashumante y doliente que aporta un credo exótico puede turbar a pueblos donde la tradición es débil y combaten en las almas oscuros atavismos.

A la escuela ha dedicado ferviente apoyo, ha mejorado la situación de los maestros, ha construido nuevos edificios escolares. Llevó a la Universidad Nacional desmarrada la eficiente colaboración de maestros extranjeros. Contemplando la obra realizada, en favor de la instrucción, escribe el noble presidente: «Yo aseguro que en toda la historia de la instrucción pública del Paraguay, no se ha hecho un esfuerzo igual en bien de ella».

Hombre de acción eficaz, el presidente sabe también meditar. En las primeras páginas del mensaje hallamos la mejor doctrina política. El señor Ayala aspira a gobernar con el parlamento, porque «es difícil concebir la actuación sincera de una república sin esta institución representativa.» De faltar, otro poder se entroniza y acumula en sí funciones con desmesura. A veces las asambleas se dividen en fracciones menores, las invade «el oleaje de palabrerío vacío y de las intrigas disimuladas», el desorden, el choque de los intereses exasperados, y se subordina el bien general a las «avidencias de los pequeños círculos». Todo ello lo recuerda el señor Ayala y dirige admoniciones a los delegados de la nación a fin de que no sufra su prestigio desmedro. Hermoso ejemplo de un jefe que se niega a «mutilar» el congreso, a imponer ostracismo a los partidos de la oposición, que reforma, en sentido generoso, la ley electoral y define así su esperanza: «Puesto que a mayor sufragio corresponderá mayor representación, renacerá la conveniencia de captarse la opinión, se comprenderá la necesidad de unirse, de solidarizarse para las campañas electorales y se percibirá la acción perniciosa de las escisiones desorganizadoras en los partidos.»

Detrás de los congresos está el pueblo soberano. Ni le adula ni le engaña el presidente. Enumera sus defectos generales en las repúblicas mozas del Nuevo Mundo: la impulsividad, el personalismo, la lentitud en

la desorganización. Los paraguayos han oscilado, como los demás hispanoamericanos, entre la tiranía y la licencia sin granjear hasta días muy recientes, paz estable. El orden ha sido muchas veces fundado por coacción exterior, no por impulsos espontáneos, y se ha llegado entonces a abolir la libertad, lo que sólo puede ocurrir, explica enérgicamente el señor Ayala, «en los pueblos de escaso contenido espiritual.» Al presidir a la nación, ha preferido él educar, esclarecer, evitar sediciones con sinceras lecciones provechosas. Puesto que ha sido el país demasiado libre pero débil, en el futuro ha de avigorrarse, renunciando, si fuera necesario, a un desenfreno contrario a normas, a la «rabia fratricida.» Así se afirma un gobierno constitucional y regular, mesurado y firme, que ni se alivia ni desdén a quienes les combaten. Entre el cesarismo y la licencia, «las irrupciones de la autoridad» y «los desafueros de la anarquía» escoge la justa vía media.

No sé a qué otros presidentes americanos puede compararse el jefe modesto, tenaz, resuelto, de la democracia paraguaya, quizás al señor Restrepo, que llevó a la acción, en Colombia, altas doctrinas, o a Balmaceda, estadista que trababa ideas y reformas antes de extraviarse en una fatal autocracia. No abunda esta clase de hombres justos, que pudiendo abusar de la fuerza, la limitan y aspiran al señorío de sí mismos como los estoicos. Sabemos que donde puede ejercerse el poder con demasia, se desarrollan

pronto sentimientos de sumisión y adulación. Tácito estudio, para todas las épocas, el enflaquecimiento de los caracteres bajo la dura prepotencia de los Césares, el *ruere in servitium*: emulación en la obediencia; en graves cuerpos, como el senado, el servilismo, *multa Patrium... adulatio* y el desdén natural en el emperador al sentirse rodeado de hombres capacitados para la servidumbre, *homines ad servitum paratos*.

Nos inquieta el extremo entusiasmo en que se saluda en América a enérgicas personalidades que fundan dictaduras e imponen prolongada memoria a naciones que se ufanan de poseer libertades esenciales. No necesitamos recordar que el buen tirano a usanza de México, los epígonos del porfirismo, después de sosegar a gentes rebeldes, de decretar larga paz, desatan, en el crepúsculo de su poder, tantos males durables que no se pueden ya asociar, en el continente, estos dos términos, poder fuerte y seguro programa, autoridad duradera, y orden para las futuras generaciones. Renace la esperanza al considerar la intervención de individualidades capaces de prosperar a una república, dentro de la organización política recibida del pasado, reformando sin destruir, fortaleciendo el régimen imperante sin incurrir en reacción, confiando en el progreso que no es la revolución y la marcha hacia el caos, sino, según la fórmula tantas veces repetida de Augusto Comte, el desenvolvimiento dinámico del orden.

Francisco García Calderón

Hombres representativos

José Pijoán

La sorpresa más grata que tuve a mi llegada a California hace algunos años, fué el descubrimiento de José Pijoán, perdido en un *college-town* del interior llamado Pomona, donde se ha refugiado tras muchos años de bregar por el mundo en un ostracismo voluntario y fecundo. Me era familiar su nombre desde mi época universitaria, por haber usado como libro de texto en la clase de Filología su famosa *Historia del Arte*, pero nunca pude imaginar que fué el tipo de hombre que mi buena estrella había de depararme andando el tiempo. Y como fuera del número, bien exíguo por cierto, de graduados en la Facultad de Letras, muy pocos en Hispano-América habrán oído mentar su nombre, paréceme oportuno hablar de él a los lectores del *Repertorio*, ya que no creo haber encontrado en mis días personalidad más interesante ni más extraordinaria que la suya.

El señor Pijoán es catalán de nacimiento. La arquitectura fué su vocación temprana y de arquitecto se graduó siendo aún adolescente en la Universidad de Barcelona y, poco después, era catedrático por oposición en la Escuela de Bellas Artes de la misma institución. Muchacho todavía se inició en los estudios clásicos, afición que años después se tradujo en la publicación en tres hermosos volúmenes de su monumental *Historia del Arte*, ya aludida, libro único en nuestro idioma y acaso en todos los demás también, recientemente traducido al inglés.

Continuando tales disciplinas, especializóse más tarde en el estudio de miniaturas góticas, al extremo de que, actualmente, es la autoridad internacional más competente que hay en la materia. Mientras tanto el joven Pijoán era uno de los elementos más activos y eficaces en el desarrollo de la cultura catalana. Su fecundísima e intensa labor en este campo es algo que ni aún en

la propia Cataluña ha sabido apreciarse debidamente. Junto a Pratt de la Riva y al gran Maragall, figurará siempre el nombre de José Pijoán como uno de los propulsores más abnegados de aquel movimiento, tan prolífico en manifestaciones culturales. El día que se haga la historia crítica de la Mancomunidad Catalana y del resurgimiento intelectual de Cataluña, el nombre de este preclaro hijo figurará en primera línea entre los de sus promotores más ilustres, a la par con los dos venerables ya citados.

Pero como en esta nuestra humana existencia, el hacer bien a villanos es echar agua en la arena, según la dolorida expresión de Don Quijote, Pijoán, amargado y desencantado a la vista de las pequeñas mezquindades, los torpes egoísmos y el bizantinismo estéril que empezaban a diezmar las energías creadoras de sus compatriotas, apenas iniciado el renacimiento, y sobre todo, el espectáculo del secular conflicto castellano-catalán para el que no veía solución posible y adecuada, prefirió expatriarse y, nómada y errante, ha vivido desde entonces, siempre trashumante, comiendo el duro pan del destierro, pero sin el triste espectáculo de la patria crucificada por los *arribistas* audaces y espoliada por la canalocracia que usufructúa el tesoro público y des gobierna a la nación.

Primero dirigió la Escuela de Bellas Artes de España en Roma que él mismo fundara; más tarde viajó por Francia, Alemania, Suiza e Inglaterra, llevado de su insaciable ansia de saber; por último se radicó en el Canadá, donde fué catedrático de la Universidad de Toronto durante diez años. El clima terrible de aquella ciudad le empujó hacia estos lares californianos, donde ha enseñado en la Universidad del Sur de California y después en Pomona College. Antes de abandonar el Canadá visitó la Habana en la más

romántica aventura de su vida aunque se trataba de una empresa comercial. De la hermosa capital antillana conserva un goloso y placentero recuerdo. Fué en el verano y hay que oírle ponderar sus helados y sus refrescos incomparables, únicos, según él, en el mundo. El año antes pasado fué invitado a dar un curso de conferencias en la Universidad de Harvard y el último verano fué a la de Chicago con el mismo objeto.

Tal es, a grandes rasgos, la vida tumultuosa y ubérrima de este infatigable profesor de optimismo, una de las más ricas en experiencias variadas y en saludables enseñanzas de cuantas conozco.

Sin embargo, lo más interesante que hay en Pijoán, no es el historiador, ni el poeta, ni el escritor con ser éstas fases admirables de su genio. Lo más atractivo y seductor en él es *el hombre*, Pijoán mismo. Es el suyo un temperamento de poeta o de artista, inquieto, nervioso, espontáneo y sincero hasta la indiscreción, de una ingenuidad y franqueza genuinamente infantiles, sin reflexivo control sobre sus emociones y de un optimismo a prueba de desengaños. Hay en él una mezcla casi absurda de idealista y de hombre práctico, de poeta y de hombre de acción, de hombre de gabinete y de estudio y de comerciante entendido que por dos veces ha sabido labrarse una fortuna sin abandonar los intereses del espíritu; especie de Quijote y Sancho a la vez, aunque predominando el primero siempre. Lo fundamental en su complejo carácter es, quizás, el intenso dinamismo que le impele a una tremenda actividad mental. Esta potencialidad dinámica se manifestó en él desde su adolescencia, y gracias a ella, ha podido llevar a cabo la ingente labor que tiene ya realizada. Como el gran vate del Lacio, podría exclamar, a pesar de su relativa juventud: *Non omnis moriar*. Hay en él una irradiante simpatía personal que nos cautiva a primera vista. Su espontaneidad y sincera franqueza son tales que a veces sus exabruptos llegan a herir. Pero tras esta rudeza un poco agresiva a veces, ¡cuán humano y generoso se nos muestra el hombre real que en él alienta!

* * *

La producción intelectual de este infatigable devorador de libros es inmensa y se encuentra desparramada en periódicos catalanes y españoles, a la par que en revistas inglesas, canadienses y americanas. Su cultura es tan amplia y variada que casi no se concibe cómo un hombre que apenas ha rebasado los cuarenta años, haya podido almacenar tal cúmulo de conocimientos. Sus primeras producciones serias fueron unos magníficos estudios arqueológicos sobre pinturas murales catalanas de la época medioeval que fueron punto de partida y a la vez pauta para otras investigaciones posteriores. A esta primera juventud pertenece también un pequeño volumen de versos (1) en que el autor coleccionó algunas de sus mejores composiciones escritas en catalán. De esta selección ha dicho Luis de Zulueta que contiene los más exquisitos poemas publicados en catalán desde los tiempos de Maragall. Pijoán fué amigo íntimo y discípulo entusiasta de este gran poeta y en su poesía, como en su obra toda, se echa de ver su influencia. Su magistral *Historia del Arte*, tantas veces mencionada, es bien conocida entre los aficionados a este género de disciplinas mentales y no hay para qué hablar de ella aquí. Sólo diré que en cualquiera otro individuo que no tuviera la capacidad de trabajo de Pijoán, esta obra representaría el afanoso esfuerzo de una vida entera.

Otras varias son las obras por él escritas, bien solo, ya en colaboración; pero es mi

(1) *Cançoner*, Barcelona, 1905.

propósito referirme especialmente a la *Historia del Mundo*, en cinco volúmenes, de los cuales sólo los dos primeros están publicados. No voy a criticar este libro porque para hacerlo a conciencia se necesitaría una preparación científica y cultural de que yo carezco en absoluto y, por otra parte, mucho más espacio del que le está permitido a esta deshilvanada crónica. Pero he notado que su aparición no ha sido apenas comentada y es mi deseo contribuir a su divulgación en Hispano-América. Libros como la *Historia del Mundo* están condenados de antemano a no ser analizados críticamente en nuestra lengua. ¿Razón? Sencillamente, que no existe en el mundo hispano ningún crítico que, a conciencia, pueda juzgar y ponderar una obra como ésta, en que se estudia la evolución de la materia y los fenómenos históricos y culturales, desde el estado cósmico hasta nuestros días. Para ello se necesitarían profundos conocimientos de historia, cosmología y astronomía, de física y matemáticas, de geología y todas las demás ciencias auxiliares de la prehistoria, tales como la paleografía y paleontología, la antropología y la lingüística. Libro es este de los que echan para atrás al crítico y lo obligan a pensar dos veces antes de emprender su estudio. No se crea, pues, que yo pretendo echármelas aquí de sabihondo y que con inaudita audacia intente comentarlo.

¡Libreme Dios de malas tentaciones! Mi intención no va más allá de señalar el hecho trascendental de su aparición, agregando de paso algunos comentarios *exteriores*, sin entrar a discutir sus doctrinas.

En primer lugar hay que decir que esta obra representa uno de los esfuerzos más intensos que en materia de estudios se haya hecho en España desde que aparecieron las investigaciones histológicas de Ramón y Cajal o el *Poema de Mio Cid*, de Menéndez y Pidal. La cantidad de lectura que ella supone es realmente abrumadora, no sólo por la variedad de las materias allí tratadas, sino también por el dominio que de las diferentes teorías sobre cada una de ellas parece tener el autor. La bibliografía consultada da una idea, siquiera aproximada, del esfuerzo realizado. Mas como en nuestra lengua esta clase de estudios son poco menos que desconocidos, el autor ha tenido que valerse de libros franceses, alemanes, italianos, ingleses y americanos, lo cual siempre constituye una desventaja por más dominio que de las respectivas lenguas se tenga. Por otro lado, la bibliografía es, no solamente muy selecta y copiosa, sino también *up to date* en cada materia.

El primer volumen (1) comprende la evolución de la materia cósmica y la prehistoria hasta la aparición de las civilizaciones orientales, incluso la egipcia y las mediterráneas primitivas. Consta de 460 páginas y está dividido en 23 capítulos, *Prólogo* y *Conclusión*, todos ellos profusamente ilustrados con 458 grabados, algunos de ellos de lo más raros y exóticos, que el autor se ha hecho venir de los más remotos países, y los cuales contribuyen en grado no exiguo a hacer del libro una lectura encantadora, no obstante su carácter científico y técnico. Además tiene 43 láminas, en colores la mayoría, admirablemente reproducidas que hacen honor a la casa impresora. La recopilación y ordenamiento de esta enorme cantidad de ilustraciones representa ya, de por sí, una intensa labor de varios años de asidua búsqueda y de correspondencia con los más distantes historiadores y museos.

El segundo tomo (2) está consagrado a lo que hemos dado en llamar el mundo clásico, es decir, Grecia y Roma. Consta de 516 páginas, divididas en 24 capítulos, precedi-

dos de una pequeña nota *Al lector*. Como el primero está bellamente ilustrado con 514 grabados y 36 hermosísimas láminas que prestigian y acrecen el mérito y atractivo de la obra. Todas las manifestaciones del intelecto helénico y romano están aquí estudiadas con amor y devoción profundos. Pocas veces se habrán escrito en nuestra lengua más bellas monografías sobre el espíritu griego que algunos de estos capítulos.

A nuestro entender el aspecto más importante y original de la obra, sin embargo, es el tono sencillo y natural, la manera directa, familiar y casi anecdótica en que está escrito, horro de la pesadez mastodónica que suele caracterizar este género de libros. La frescura y espontaneidad del estilo, sobre todo, la total ausencia de dogmatismo que en él preside, hacen que se lea con el interés deleitoso de la mejor novela. Y es que si alguna vez fue cierto el dicho de Buffon de que el estilo es el hombre, es en el caso presente. Para Pijoán todos los problemas que trata están en perpetuo devenir, de aquí que, si bien los enuncia con seriedad y respeto científicos, nunca nos dá fórmulas herméticas, inamovibles, ni teorías definitivas. Él sabe perfectamente que lo que ayer fue credo universalmente admitido, hoy, a la luz de métodos más científicos y de más detenidos estudios, ha quedado reducido a una mera curiosidad histórica. Frente a los problemas que va analizando, el autor adopta siempre una posición objetiva y un poco escéptica a ve-

ces. Su método es el puramente narrativo o expositivo, al extremo de que casi nunca nos es dado saber cuál es su íntima convicción. El libro tiene un objetivo capital: poner al alcance del gran público, en estilo fácil, ameno y sencillo, los hechos fundamentales de la historia humana. Esto era algo que necesitábamos y de lo cual carecíamos completamente en español, y aun en otras lenguas, pues de estos problemas nunca se ha sabido hablar en forma atractiva e inteligible para la mayoría. El *Esquema* de Wells es lo único que, en cierto modo, se le asemeja, pero este libro admirable responde a una finalidad completamente distinta. El señor Pijoán sigue un procedimiento original y selectivo: en lugar de una relación metódica, minuciosa y ordenada del desarrollo del hombre sobre la tierra, reduce «la historia de la humanidad a una serie de cuadros de acción intensa», con lo cual, si la idea que el lector se ha formado del desenvolvimiento histórico, es incompleta, en cambio, logra hacer el relato mucho más interesante y provechoso.

Pijoán escribe como habla y casi siempre logra que su personalidad quede íntegramente reflejada en lo escrito, con lo cual su estilo resulta, no solamente poético, animado, sencillo y aménisimo, sino que tiene todo el encanto seductor de la narración hecha *viva voce*. Por eso es que la *Historia del Mundo*, sin dejar de ser en ningún momento un libro científico, hecho a base de copiosa erudición, se deja leer con tanto interés como si fuere un relato imaginativo.

Manuel Pedro González

University of California at Los Angeles.

Del poliedro americano

CADA número de *Repertorio Americano* que llega es un día de alegría y cómo no, si en este semanario de solo ocho hojas se concentran varios nombres del pensar disperso de España y de su América.

Este *Repertorio* nos es querido a los que no renegamos de ser lo que somos. Bien sabemos que vivimos en un período doloroso de miseria económica, de mezquindad moral y de pobreza de espíritu.

Algunos nombres nos hacen sentir la majestad de la altivez no vencida por la insolencia y el ardimiento de la juventud bajo una cabeza blanca: como en Unamuno.

En otros, como en Pijoán hallamos claridad de visión y la generosidad que paga tributo al talento y a la santidad.

Ayer Pijoán nos regaló con una biografía del venerable *Abuelo* de la generación actual de intelectuales españoles. Tributo pagado al santo varón con una devoción sobria, pero llena de amor. Hoy nos habla de la América inglesa y de la América nuestra, de la indo-española, y nos dice lo que sabemos bien los que nos acercamos con simpatía a los estudiantes chinos. Que son disciplinados, que tienen ideales claros y que nos enseñan mucho de lo bueno que tienen y que a nosotros nos falta. Nos habla con acierto, sin pasión. Aplica la palabra amarga, pero que lleva salud.

Cada nombre nos dice algo para pensar, pocas veces hay algo que combatir.

Lo de Nicaragua nos duele y nos conmueve. Sandino puede ser un héroe, un santo o un mártir, pero en el momento es la campana que llama al alba o que dobla a muerto. ¿Inclinamos la cabeza para siempre o la levantamos para hacer uso de ella como de un instrumento del espíritu?

¿Seremos capaces de voluntad y de sacrificio?

Sandino es la campana que ellos pueden destruir o el héroe de sus burlas si no tenemos voluntad ni aceptamos el sacrificio.

En este país se habla de nosotros bien y mal. Más mal que bien, pero en todo caso como de un problema que los Estados Unidos tienen que resolver.

Se nos ha explotado, ahora se habla de educarnos... ¿Para qué? Eso es lo que nosotros debíamos saber.

No olvidemos que se planeó sobre nuestros recursos económicos muchos años antes de que el problema apareciera visible. ¿También sobre nuestro espíritu podrán planear con éxito para ellos?

Alguien me ha dicho aquí que el General Porfirio Díaz si tuvo visión económica, que desarrolló al país. El desarrollo de México en ese tiempo no fué obra de la visión del Presidente, fué la influencia del movimiento mecánico de las potencias que se disputaban los mercados del mundo.

En todo caso y aún concediendo esa visión que se le atribuye al Dictador, fué una visión que no hace honor a su memoria. Por falta de penetración en el futuro, por ambición de aplauso inmediato.

El conflicto creado por el artículo 21 en tiempo del Presidente Carranza, tiene su causa en la Administración de Díaz.

El Gobierno de la Colonia fué más previsor y si no fuera por esa falta de plan para el porvenir, de que nos habla Pijoán, y por pereza intelectual e incapacidad de ser ecuanimes, no se hubiera roto con la herencia sin análisis cuidadoso; para cimentar sobre ella nuestra República independiente.

Pero no se trata de México únicamente, sino de todos los pueblos de habla española. Meditemos y revisemos valores vivos.

(1) Salvat, Barcelona, 1926.

(2) Salvat, Barcelona, 1928.

Don Gregorio Sandino.

Conozco a don Gregorio Sandino por referencias de sus amigos de Estados Unidos que fueron a Centro América con el propósito de hablar con el héroe de la lucha desigual.

(Vivo por ahora entre cuáqueros y entre ellos estaré dos meses más, cultivando la tierra. Esto explica la razón de mi información).

Me figuro a don Gregorio con la nobleza y el seguro razonamiento que me han deleitado muchas veces entre los rancheros trabajadores de México, no sujetos al peonaje esclavizador. Son ellos el tronco fuerte que servirá de apoyo a los intelectuales, que con razón desesperan de hacer cosas serias. Son ellos los que tienen el sentido económico unido a las virtudes básicas que elevan en dignidad y libran de la codicia.

He oído la narración de la entrevista con don Gregorio y he traducido las dos cartas que han llegado de él durante mi permanencia aquí.

Cuentan que al llegar a Nicaragua, los marinos americanos les impidieron cruzar el cerco puesto a Sandino y los suyos.

Alguien sugirió que se tratara de ver a los familiares del sitiado y allá fueron, al predio cafetero de don Gregorio. Le explicaron su objeto, quisieron que él los acompañara burlando la vigilancia de los marinos. Lo que él contestó está a la altura de lo que el hijo está haciendo.

«Lo siento, no puedo ir con ustedes. Por dos razones: la primera, porque tengo encima la cosecha del café y ésta es buena parte del pan que comemos en el año mi familia y yo. La segunda, es que hace dos semanas que ví a mi hijo y le dije cuanto un padre debe en estas condiciones decirle a su hijo. No tengo razones de familia tan poderosas que me obliguen a exponer el pan de los míos.»

La cosa no paró allí. Fueron luego en busca de la compañera de Sandino y ésta les dijo que lo más que podía hacer era llevarle las cartas a su marido y traerles ella misma la contestación.

Sandino contestó que no intentaran verlo. Que volvieran a su casa y vieran si lograban retirar a los marinos, porque en Nicaragua hay uno que con sus hombres en las montañas, defiende su casa. Que esas eran las únicas palabras que podría cruzar con ellos y que si lograban lo único que él pedía, retirar a los marinos, más tarde daría fe de su eficacia.

Luego han llegado las cartas de don Gregorio, firmadas por él, con letra irregular e insegura y escritas con sumo cuidado por una mano que hace pensar en un «escolar» de nuestros pueblos, cargado de la pobre literatura que allí circula. Hay en esas cartas el amaneramiento en cumplidos que hace decir a mis amigos rancheros, «Verá, yo no le escribo, porque no tengo palabras.»

Yo quisiera oír hablar a don Gregorio y poder ayudar un poco al que escribe las cartas. Quizá sea material de primera para maestro rural y para guía y consejero de una comunidad.

Luego la entrevista con Sacasa. Allí está el hombre culto que ha viajado, pero demasiado consciente de la fuerza de este país y sin fe en lo que puede hacerse con lo nuestro.

Dicen que Sacasa les dijo:—Si, lo que ustedes proponen me parece bien en todas sus partes. Pero hay uno con quien no tengo la seguridad de contar. El General Sandino es una persona muy independiente.

No conozco a Sacasa, pero creo que cuenta para sus reformas con los que se disputan el poder. En fin, yo soy mujer y no sé lo que será empeñarse en ser Presidente alguna vez. Puede que por ser mujer me sea fácil fijar mi atención en los cente-

nares, quizá millares de «Don Gregorios» y vea en ellos el cimiento para trabajar el futuro.

Si en un lado no puedo trabajar con ellos, los buscaré en otra parte si oigo y respondo a la voz de la campana.

Mientras no se asesine, se mutile, se encarcele sin causa; se ordenen manifestaciones con amenaza de cese y se gaste escandalosamente el tesoro público, no me importa hablar ni bien ni mal de los gobernantes. Hay cosas más importantes que hacer.

Elena Torres

Braewold, Mt. Kisco
New York. Julio de 1928

Página lírica de Pedro Salinas

=Del tomo *Presagios*. INDICE. Madrid 1923=

Agua en la noche...

Agua en la noche, serpiente indecisa,
silbo menor y rumbo ignorado;
¿qué día nieve, qué día mar? Dime.
¿Qué día nube, eco
de ti y cauce seco?
Dime.
—No lo diré: entre tus labios me tienes,
beso te doy pero no claridades.
Que compasiones nocturnas te basten
y lo demás a las sombras
déjasele, porque yo he sido hecha
para la sed de los labios que nunca preguntan.

La luna estuvo en la casa...

La luna estuvo en la casa
sin que nadie lo supiera.
Por la ventana se entró,
pero estaba ya encendida
la lámpara
y ella se quedó ignorada,
muy humilde, en un rincón.
Dijo el padre:
«Pronto cambiará la luna,
porque me duele la pierna.»
La niña estaba callada,
toda en nostalgias románticas
de esos castillos con luna
de los cromos alemanes.
Y mamá que no tenía
ideales ni reuma,
dijo: «Vamos a acostarnos.
Apagaremos la lámpara».
En cuanto todos se fueron,
las flores que estaban puestas
en la mesa
vieron su alma dibujada
con luna y sombra de luna
en la blanca paz del muro.

Este hijo mío...

«Este hijo mío siempre ha sido díscolo...
Se fué a América en un barco de vela,
no creía en Dios, anduvo
con mujeres malas y con anarquistas,
recorrió todo el mundo sin sentar la cabeza...
Y ahora que ha vuelto a mí, Señor,
ahora que parecía...»

Por la puerta entreabierta
entra un olor a flores y a cera.
Sobre el humilde pino del ataúd el hijo
ya tiene bien sentada la cabeza.

Cuando alcé los ojos...

Cuando yo alcé los ojos a mirarte
(por tu bien o tu mal)
para mirarme alzabas tú los ojos
(por mi bien o mi mal).
Esa palabra que iba yo a decir
(¿de bendición o maldición sería?)
se te asomó a los labios, sin decirla.
(De bendición o maldición sería).
Nunca fuiste primera ni yo último.
(¿En qué final o para qué comienzo?).
Nunca el primero yo ni tú la última.
(¿En qué final o para qué comienzo?).

Creo aún en posibilidades que nos permitan hacer un futuro abundante en recursos, generoso en moralidad y rico en espíritu.

Tengo publicado algo de lo que hice para organizar el mejoramiento de los maestros rurales. Me propongo ahora ir diciendo lo que hay que hacer en la educación comunal de nuestras pequeñas villas y rancheríos. En general, cómo estimular la educación de los adultos.

Los dos exactamente a un tiempo mismo.
Y así todos los actos se abolieron
(ir yo hacia ti, venir tú a mí)
en la inutilidad de todo acto
(ir yo hacia ti, venir tú a mí)
previsto ya al nacer por otro idéntico.
Y así la identidad que nos unía
(tú y yo perdidos o tú y yo salvados)
separó nuestras vidas para siempre.
(Tú y yo salvados o tu y yo perdidos).

Hijo mío, ven al mundo...

Hijo mío, ven al mundo
que preparado está ya
tu ajuar.
Brazos te esperan de madre
que te estrecharán;
silabarios donde aprendas
que b y a se dice ba;
cuna, caballo, avión
y servicio militar.
Muchas palabras en libros
y otras que van
entreoídas por los aires
al que las quiera captar.
Adjetivos graduados,
amable, bueno, genial,
escultor que te haga estatua
si te la sabes ganar
y olvido, el obrero terco
que la sepa derribar.
Y si algún día sintieras
que b y a no dicen ba,
que eres malo sin malicia,
bueno sin bondad,
dóblate sobre el brocal
del pozo y grita muy fuerte
tu verdad,
la que no estaba acuñada.
Y del hondo de las aguas
otra verdad te saldrá
y del hondo de las aguas
otros ojos
hermanos contestarán.

Mendigo de los caminos...

Mendigo de los caminos,
pobre mendigo que vas
esperando de mañana
la limosna que hoy te niega,
cargado, al hombro, tu saco
de esperanza, no de pan.
Cuando llegues a mi casa
no te irás
con esas palabras malas
que en tanto zaguán te esperan:
«Hoy no puede ser, hermano,
otra vez será».
Porque soy cobarde, hermano,
mi fardel llevo en el hombro,
tengo camino que andar
y me da miedo una puerta
de no sé cuándo ni dónde
y me da miedo una boca
—de quién no lo sé—que diga:
«Hoy no puede ser, hermano,
otra vez será».

Yo no conozco Sevilla y por eso no conozco a Pedro Salinas, que, según parece, deja encendido el fuego de su casa, sale para Madrid o París de escapada y vuelve antes de que el fuego se le apague. Bien español: una miradita de reojo o de frente a lo extraño y la vuelta rápida a sentarse entre el círculo de los muebles familiares —¡oh, silla de España, noble de nogal y noble de petate!— y a oler sus claveles impetuosos.

El viaje es aventura tres cuartos maravillosa y uno estúpida: suele conocerse al que sobraba antes de encontrarse y la mano a veces no golpea nunca a la puerta que se andaba buscando desde poco después que se nació. Yo no sé cómo tiene las manos, el entrecejo ni la conversación—que dicen muy soleada y muy sanamente vegetal, Pedro Salinas.

Pero no sólo es esto—el no haberme sentado en la banca de su casa—sino que tampoco me he conseguido aquella *Vispera de Gozo*, su novela del año pasado, de que tanta excelencia me han dicho amigos que me aconsejan bien en lo español. Dos veces la he encargado: «Que se acabó, que no la ha reimpresso una Editorial despreocupada». Sólo le he paladeado el buen nombrar, que yo celebro tanto en los sagaces, en Ors, en Reyes, en otros. (Acordarse de *Ocenografía del tedio* o *La Bien Plantada* y de justa y novedosamente como todo el *Pausa* o *Calendario*). Nombra que ha mordido bien en las cosas antes de mentarlas. Porque los nombres espúreos o desabridos los han puesto aquellos que nunca hincaron encía en su objeto.

Vispera de Gozo es nombre católico, que equivale a decir grávido de cosa humana, y como somos católicos en la raza española hasta los desaforados pincha-curas, la frase se saborea con gusto visible y se toma posesión del libro sin tenerlo, en el nombre nuestro, tomado de nuestra carne moral.

Salinas estaría—pintado por Juan Ramón Jiménez en prólogo efusivo como un abrazo—enraizado en sencilleces domésticas, lo que vale decir sin los cocos (*cucos* decimos en Chile) de los letrados que se suelen ver vestidos de su millón de letras, con corbata, puños y pañuelo de letras. Eso le dió—y se lo guarda—la provincia que, cuando no es necia, viene a volverse la más linda cosa para nutrir y educar varón o mujer. Pruebas, en España, el Alcover mallorquín y la Rosalía gallega; en Francia, Bernanos, el de los Pirineos españoles; Maclair que sesteo y escribe en Grass y, sobre todo, Mistral, esa especie de Alcalde eterno de la Provenza entera.

Otros me han contado de un poeta bueno, lo menos escorpión literario posible, con sonrisa legítima y no postiza, para el otro que corteja con suerte a las estrofas, gozando con entrañas sanas cuando triunfa el colega.

Catalogan a Salinas con los futuristas, cubistas y daistas del verso español. Si que tiene y muestra sensibilidad nueva—nueva, no de última hora, cosa diferente.—Sólo que, para ser 1928, él no hace derroche de aviones, ni T. S. F., ni de grúas. Sensibilidad nueva significa mirada inédita, pero que cae sobre las cosas con que nos codeamos, sea huerto o majada. Me hacen sonreír algunos libros que llegan de rincones ruralísimos de América: están atravesados, están veteados de fabrilismo, de maquinismo, de Torre Eiffel, de Picassos y de Paul Morands, y han sido pensados mientras se oía la rumia búdica de las va-

Página para Pedro Salinas

=De *El Mercurio*. Santiago de Chile.=



Pedro Salinas

cas o el cordón lacio del agua de riego. Muy legítima manufactura futurista la que sale de Brooklyn o de Montparnase o de Berlín. Pero, ¿qué tenemos que hacer nosotros en medio de esas vastas hierbas y esos ríos sin captación de usina alguna que son los nuestros, con el *fordismo* y *citroenismo* poético?

Pedro Salinas tiene leídos sus Max Jacob y su Apollinaire y su Huidobro; le gustan; seguramente les reconoce, como yo les reconozco, que nos han sacado las manos del caramelo por fundido e intolerable, de la falsa sentimentalidad, y nos han curado del alarido. Pero él vive en Sevilla, que, con ingleses invernantes y todo, es todavía España o sea la civilización más doméstica (a pesar de sus guerras) la que se ha hecho en estancias espaciosas, con muebles amplios, con patio excesivo, con cobres primos de los interiores holandeses, y mucha cara mansa y expectante, y mucho fino sosiego. Todo esto: naranjo tatuado de fuego quieto; todo esto: mujer sentada con reposo de rodilla a rodilla, él no quiere des-

Gabriela Mistral

Junio de 1928.

Venganza

Hice de mi ilusión regio castillo,
castillo de ideal
que me dió complacencia de descanso,
pero que, deteniéndome en remanso
hubiera empantanado mi inquietud.

Viste mi alcázar y cobardemente,
tu estulticia vengando mi ambición,
acercaste tu llama irreverente,
y, en la noche, tu cómplice inocente,
mi alcázar se incendió.

A otro día la brisa alzó en pavesas
mi gallarda ilusión,
mas yo seguí mi senda
y hoy me encuentro cien cimas adelante
con la testa radiante
bajo la palma que me tiende el sol.

Hernán Zamora Elizondo

San José, Costa Rica.

baratarlo y desconocerlo. Su futurismo—si así ha de llamarse—trae, pues, gran probidad en este aspecto de voltear con sentidos nuevos las cosas viejas, de cuyo molde no puede olvidarse, porque en las palmas de las manos, aún vacías ellas, las lleva y las oprime.

Aparte del motivo circundante, él ha aceptado el tono circundante, el de los clásicos que ningún mal le hace, y hasta lo contrario. Alfonso Reyes celebraba un día en París estas escuelas nuevas de España que no son bárbaras, que no quieren desperdiciar sus granos de sal de San Juan de la Cruz, de Góngora y hasta de Lope, pues bien saben que eso les ahonda la fiesta de la estrofa e infinitamente se las enriquece. Y leía a unos nuevos, también de Andalucía, que hacen donosura, 1928, con el romance y la letrilla supra domados por sus clásicos.—Esto, en parte, es mío—decía sonriendo.—Yo he mimado mucho estos allegamientos a la brasa vieja; yo los he hecho en *Pausa* y me dá gusto ver que la honda del impulso está captada por éstos y con un feliz pulso.

Cuando la ironía asoma en Salinas, que, por español, ha de ser un poco inhábil para el atributo francés, es una cosa rápida que se esconde apenas ha asomado, como si no estuviese todavía bien domiciliada en la carne de esta estrofa española; Salinas la usa con no sé qué pudor de varón que no acaba de salir del todo de sus Cides y sus Loyolas, para jugar con la desenvoltura de los que, como Giradoux, han jugado con ella a través de los cinco mil años que tienen sus muñecas flexibles. La ironía en Salinas anda en derrota todavía porque la pesadumbre le gana casi siempre la carne de la estrofa.

No sólo por Salinas mando yo ahora estos poemas de *Presagios* (Biblioteca Índice, Madrid). Vuelvo a sentir hacia Chile lo rijoso y lo voluntariamente amojamado. Parece que se escribe menos versos que en los buenos tiempos de Cruchaga (¡tan aristocráticamente desconocido!) de Hübner, de de la Vega, de Guzmán y los otros de su Cábala. Parece, digo que volvemos a la tradición fea, de pueblo que no quiere aventuras con la poesía y se ha casado, para toda su vida y no por un matrimonio a plazo, a lo yanqui, mientras le convenía, con la historia y el folklore. A menos que no haya en esto solo mi información nula de Chile. No recibo libros de versos, y me explico el correo sin poemas, algunas veces por la clásica soberbia chilena, por la muy vasca y muy empecinada soberbia chilena, que cuando piensa se guarda lo pensado por no saludar a su vecino que hace lo mismo, pero de quien no le gustan las cejas o la manera de caminar... Tres zancadas de este vicio suelo nombrar adentro de la raza. Primer zancada: la vanidad de un país que yo me sé y que mi Director conoce bien ahora; segunda zancada: la soberbia de Chile; tercera zancada: el orgullo de España. Bien está que no nos quedásemos en la primera; mejor estaría que nos aupásemos hacia lo segundo; pero mejor todavía que nos aventáramos las tres víboras o viborillas de este vicio.

Por si esta vez no fuese soberbia que descuida expreso el correo, y fuese la vieja sequía nuestra que nos sube a la piel con la fidelidad de lo heredado, yo quiero mandar para Chile esta página fresca de la poesía de Pedro Salinas, el que, como ya lo dije, está abotonando de nuevo los rancios árboles españoles.

El terror en Venezuela

(Véanse las dos entregas anteriores).

y 3.—Las torturas

SERÍA nunca acabar describir el horror de los suplicios en las cárceles de Venezuela; sería además precisa la cooperación de dos genios: un Alighieri que describiera las torturas y un Bosco o un Grunewald que las ilustrara para comprender la esencia del olor que ellas entrañan.

La guindada por los pies.—Este suplicio no es propiamente un castigo, sino un medio de presión empleado para hacer que los presos políticos delaten a sus cómplices y revelen sus planes.

El procedimiento es éste: sentado el preso, se le amarran pies y manos; y con una cuerda que pasa por una polea pegada al techo, halando poco a poco se levanta al atormentado hasta que queda, primero en forma de V y luego en postura vertical, con la cabeza abajo como bestia en carnicería.

Una vez colgado, los verdugos sujetan al prisionero a un tenaz interrogatorio: le preguntan quiénes son sus compañeros de complot, cuáles sus proyectos revolucionarios, cuántos sus elementos de guerra, etc.

El interrogatorio es rápido porque los torturados de tal guisa no resisten mucho tiempo: a poco de suspendidos, la sangre se les agolpa en la cabeza y experimentan más o menos pronto hemorragias por la nariz, boca, ojos y oídos. A algunos de entre ellos, se les vuelve el juicio y otros mueren de congestión cerebral.

Los verdugos aprovechan los momentos lúcidos de sus víctimas para preguntarles cuáles sus medios y sus fines de ataque contra el *Jefe* único. La angustia desesperante que produce aquel tormento, pocas veces falla, porque solamente los hombres de excepcional fortaleza física y carácter acerado resisten hasta el fin; pero los más flaquean y confiesan.

¿Qué confiesan? La verdad, los que tienen que contar, vendiendo a sus correligionarios y traicionando santas amistades; pero también a veces sucede algo horrible: que aquellos míseros seres, que no pueden soportar un dolor más fuerte que sus fuerzas, a punto de enloquecer o asfixiarse, encontrándose en un estado mental de irresponsabilidad, confiesan (?) mentiras, inventando complots que no existen y denunciando a gentes del todo inocentes, que unas veces ni conocen y otras resultan sus seres más caros.

Entonces se suceden escenas de tragedia, no sólo porque los presos son positivamente inculcados, sino porque el propio delator adentrado en una mentira, dice ciento y a la postre se enreda él mismo, no puede explicar hechos que no existen, entra en contradicciones y da lugar a nuevas torturas que resultan interminables y cada vez son más intensas y terroríficas.

Si en la primera *guindada* por los pies el reo no confiesa nada, lo dejan colgado hasta que pierda el sentido. Entonces le bajan esperando que vuelva en sí, y cuando el desdichado se halla aún desvanecido y tonto, lo amenazan con colgarlo de nuevo, y lo cuelgan otra vez, si nada *canta*.

Esta segunda suspensión dura mientras la víctima no pierde el conocimiento. Y así sucesivamente, hasta que los verdugos consiguen su objeto de conocer los nombres de los conspiradores auténticos o fantásticos, o hasta que se convencen que nada sacarán en claro por aquel medio.

En los casos frecuentes de denuncias, el alcaide de la prisión, gran victimario, junta, en el tenebroso *cuarto de las torturas*, al

delator con los delatados, para carearlos, desarrollándose en tales encuentros cuadros crueles.

A veces las gentes denunciadas no conocen siquiera al delator que ha dado detalles de su persona constreñido por las penas desesperantes del tormento; y otras, se encuentran frente a frente de su propio acusador, sus amigos más íntimos y aún sus propios familiares que se pasan de asombro ante la infamia.

De los careos, naturalmente, resultan contradicciones, y de las contradicciones el tormento de la *guindada* para los recién denunciados, los cuales a influjo del dolor, acusan a otros culpables o inocentes, sucediéndose así la cadena de las dolencias y de las torturas.

Ocasiones hay que acaecen más raras y no menos dramáticos sucesos; por ejemplo, esta: cuando la víctima *guindada*, al sentir el agobio de la sangre que surge por boca y nariz y aún por los ojos y sufrir el ansia del suplicio, se confiesa culpable de delitos imaginarios prefiriendo este camino de la impostura a la realidad espantosa de una nueva colgada.

En esta especie de tormento se dan casos de resistencia heroica. Salvador de la Plaza me contaba, que el general Barges, un distinguido militar de la época de Castro y de Crespo, fué aprehendido como coautor de un complot contra su Excelencia el Sr. Presidente Gómez. Preso en la Rotunda, fué colgado por los pies cinco veces para que revelara los nombres de sus cómplices y sus proyectos rebeldes, habiendo podido soportar con valeroso carácter las cinco *guindadas* sin acusar a nadie ni confesarse de nada.

Pero como los sicarios no miraron con buenos ojos el gesto fuerte de aquel valiente, corrieron la voz en Caracas de que el general Barges, de miedo se había... humedecido él mismo sus pantalones.

Porque, en efecto, el viril soldado, a consecuencia de la postura vertical y contraria, vació la vejiga sobre su propio cuerpo mojándose la cara.

Otro colgado que asimismo soportara con estoicismo dicha prueba, fué el joven Luis Zuluaga, un *leader* estudiantil, acusado de recibir correspondencia de los Estados Unidos.

El cepo y el tortal.—Sin embargo, el tormento de la *guindada* por los pies o *zoga* no es usado con frecuencia, porque las víctimas muy pronto se privan del sentido y nada pueden declarar o mueren congestionadas.

Por eso, en casos importantes, Gómez usa de otros procedimientos como el *cepo* y el *tortal*.

Describamos el *cepo*.

Primeramente se sienta el torturado en el suelo, se le flexionan las piernas juntando las rodillas al vientre y las manos cerca de los pies, con los dedos pulgares atados uno frente a otro con una cuerda delgada; y cuando el reo está así, en cuclillas, encorvado e inmóvil, los verdugos empiezan a meterle fusiles en el espacio estrecho que queda entre el pecho y los brazos, hasta formar un bloque. Los fusiles pesan sobre los brazos y los dedos cada vez más tirantes y martirizados, de tal manera que el fino cordaje va penetrando en las carnes y estirando tanto las falanjes que en ocasiones llegan éstas a desprenderse de las manos.

«El dolor que este suplicio produce, dice de la Plaza, es tan intenso, que el vértigo es su consecuencia.»

Si con el *cepo* no *cantan* los reos, queda el *tortal* magnánimo que consiste en lo siguiente:

Se enreda una cuerda al cuerpo de la víctima a la altura de las costillas inferiores y con un torniquete se comienza a cerrar la cuerda. A cada vuelta del tornillo la lazada se estrecha y oprime el tórax, produciendo en el martirizado un intensísimo dolor en las costillas y una angustia por asfixia más eficaz para el efecto de las confesiones que la *zoga* y el *cepo*.

Pero todavía en Venezuela se usa otro procedimiento torturador el *tortal verdadero*, que consiste en suspender al malaventurado de las partes sexuales por medio de un lazo corredizo sujeto en alto.

He aquí como refiere German Fernández, este acto: «Parecía que mis padecimientos se exasperaban, y sacándome del *cepo* como si fuera una piltrafa, me amarraron por las partes pudendas con un currián que estaba sujeto al techo del edificio, y me suspendieron, manteniéndome en el aire por unos segundos en tanto que los tambores tocaban diana para que no se oyeran mis gritos que eran espantosos. Todo en vano, porque yo no podía confesar un hecho que no existía.

Yo no me explico, sino por obra de milagro, el que yo pudiera sobrevivir a tan bárbaros padecimientos».

Isidro Fabela

Paris, Mayo 1928.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa, más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRÁTIS A SUS CLIENTES.

<p>CERVEZAS</p> <p>Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.</p>	<p>REFRESCOS</p> <p>Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.</p>	<p>SIROPES</p> <p>Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.</p>
---	---	--

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Mi querido Don Joaquín: El primer artículo que incluye *Repertorio* en su número último, suscrito por el señor don Francisco García Calderón en París, y tomado de *El Tiempo* de Bogotá, me obliga a una rectificación y a una denuncia.

El señor García Calderón, aludiendo a «las democracias concertadas» de la América Central, aplica este insigne calificativo «a El Salvador y a Costa Rica». Permítame V. que como testigo y víctima de la *democracia salvadoreña* no deje en pie la infundada afirmación del publicista peruano.

El Salvador es un país, que salvo un paréntesis de garantías constitucionales de breves meses, al principio de la administración del actual presidente Romero Bosque,—un caso de senilidad astuta y servil—, vive hace muchísimos años, bajo «el estado de sitio». La constitución salvadoreña establece que la prolongación indebida del estado de sitio constituye delito de lesa Patria. Pero eso no obsta para que el país se halle sin garantías y bajo la ley marcial desde los tiempos de las sombrías dictaduras anteriores a ésta, consecuencia y continuación de aquéllas. El presidente anterior a Romero Bosque, el célebrimo Quiñónez, ensangrentó al país, lo hipotecó por setenta millones a los Estados Unidos, entregó las aduanas en garantía y gobernó amparado en las dos únicas leyes por él conocidas: la del capricho del ministro norteamericano y la ley fuga.

El señor Quiñónez dejó al señor Romero Bosque, su leal sucesor en cuanto a métodos, aunque no lo fuera tanto en cuanto a tolerar la tutela del expresidente a quien hizo salir del país. Pero hoy como hace cuatro años el verdadero gobernante del Salvador es el ministro de los Estados Unidos quien tiene como ejecutor inmediato al Jefe de la Policía Nacional, un hondureño de los del ya conocido tipo de mercenarios centroamericanos, a quien se llama pomposamente «el general Leitzelar». A órdenes y a sueldo de la Legación Norteamericana, este arquitecto del esbirro sinuoso y cruel es el mandarán absoluto de la *democracia salvadoreña*.

La prensa, representada por espíritus eminentes, por una clase de hombres raros por su honradez y dignos por ende de ser llamados verdaderos periodistas—recordamos los nombres de Alberto Masferrer y Gustavo Pinto para no hacer lista—, sufre en El Salvador la más insultante censura. Si en la América Latina hubiera más solidaridad periodística, hace tiempo ya que todos los diarios y revistas libres de nuestros países han debido iniciar una ardorosa campaña contra el amordazamiento brutal de la prensa salvadoreña. Hay un censor, también a órdenes de la Legación Norteamericana, que corre a cargo de la labor estranguladora. Lo que *Diario Latino*, *La Prensa*, *Patria*, *Diario del Pueblo* y otros diarios independientes de El Salvador tienen que soportar de aquel torvo funcionario sólo puede saberlo quien lo ha visto de cerca.

En esta mi campaña aprista por tierras centroamericanas he visto cosas interesantes. Bueno sería que todos los que se inquietan por nuestros problemas vinieran a visitar estos países. Así no incurrirían en

Una rectificación y una denuncia



Cabeza de Haya de la Torre
para los Carteles que anunciaron sus Conferencias en México. (Muy reducida)

Con Haya de la Torre

Estuvimos esta mañana con este muchacho. No hayamos una palabra más exacta para sintetizar su alegría, su sencillez, su absoluta falta de pose, su agilidad de espíritu, su fuerza tan concentrada y grande, que le hace aparecer como uno que juega con la vida.

Salimos de la Policía, adonde tuvimos el honor de acompañarle, y donde le trataron con toda urbanidad y estricta conveniencia, (1) y echamos calle arriba, camino de su hotel, andando él y hablando como estudiante sano y jovial, y nosotros regocijados con el recuerdo de que en otros tiempos fuimos así, y con la idea de que nos acercamos a una época que acabará con los hombres importantes, rígidos, tiesos, corazones apagados, metidos en postes de telegrafo.

Un instante nos vino el pensamiento travieso de decirle: «Haya, ¿no prefiere que nos vayamos a bañar al Coro, todo el día, y nos llevamos al General Leitzelar, y nos damos la grande, olvidando el antimperialismo y al reverendo Coolidge y al venerable Kellogg? ¡Si viera usted qué bien se está en el Coro!»

Pero resistimos a la tentación, dejándolo para otro día, porque hoy tiene Haya de la Torre que arreglar sus cosas y preparar la Conferencia de esta noche. Preparar no, pues él no puede ya hacer otra cosa que enseñar y disertar, así está de habituado a la propaganda. Lo que tiene que hacer es descansar.

Descanse, pues, amigo; triunfe esta noche sembrando a manos llenas, y mañana, todo el día, todo el día, al Coro!

Alberto Masferrer

(Patria. San Salvador)

(1) Esto al principio; porque después la cosa se puso fea, bochornosa para los salvadoreños preocupados. (N. del E.)

el grave error del señor García Calderón, informado seguro por la propaganda de exportación en la que son habilísimos los tiranuelos tropicales. Más es indudable que aquí en Centroamérica no se cumple el apotegma de que los pueblos tienen los gobiernos que merecen. De lo visto, Guatemala y El Salvador; y de lo que sé, Honduras y Nicaragua, tales pueblos no merecen los gobiernos que tienen. De un lado masas gobernadas, férvidas y dignas, del otro, gobernantes despótico sanguinarios a

las órdenes de las legaciones norteamericanas.

Así Guatemala, en donde murió Cabrera pero el cabrerismo vive todavía, dominada por los antiguos ayudantes y servidores del tirano,—tal Orellana, tal Chacón—. Así El Salvador cuyo noble pueblo ha sido oprimido y traicionado por largos años sin que les bastara decapitar a un Araujo y procribir a un Quiñónez para que el imperialismo dejara de gobernar a través de un Director de Policía.

En Guatemala la prensa podía protestar. Expulsado yo, «por orden del Ministro Mr. Geisler» según la versión oficial que el gobierno dejó correr estúpidamente para justificar su actitud ante la protesta nacional que el atropello produjo, la prensa sin excepción se hizo eco del clamor que levantó el país entero siguiendo a sus vanguardias de estudiantes, obreros e intelectuales. En las calles de Quezaltenango, Guatemala y otras ciudades, miles de ciudadanos expresaron la censura de la opinión pública en desfiles imponentes. De Guatemala se me expulsó después de la vigésima cuarta conferencia y de una gira que la prensa calificó de «triumfal» por el occidente del país. En El Salvador, después de haber pronunciado cinco conferencias en sus dos ciudades más importantes, una de ellas en el Salón de Honor de la Universidad Nacional y otra en la tribuna de la Universidad Popular, vino la orden drástica. El gobierno erizó de ametralladoras el cuartel del Zapote embocándolas sobre la casa que yo ocupaba en la Colonia Modelo, en casa de la familia de un militar peruano instructor del ejército salvadoreño. El plan era capturarme por la noche y entregarme a las autoridades norteamericanas de Nicaragua, previo embarque en una lancha de gasolina. Todo fué descubierto por mis propios amigos salvadoreños y fueron ellos, seguros del peligro y encabezados por ese amigo ilustre de sesenta años, modelo de jóvenes, D. Alberto Masferrer, quienes me obligaron a asilarme en la Legación de México que prontamente me garantizó. El General Leitzelar, indignado por el fracaso, ordenó entonces la captura de mi compañero Esteban Pavletich que nada tenía que ver con mis conferencias, puesto que vivía en San Salvador tranquilamente desde su vuelta de Nicaragua. Fracasó. Este Pilatos moderno quería entregar a alguien a los crucificadores de Sandino y lavarse luego las manos en el Golfo de Fonseca.

Los estudiantes y los obreros se reunieron inmediatamente en la Universidad, pero los cuarteles «en pie de guerra» echaron a las calles soldados, ametralladoras y fusiles.—Prusia de Centroamérica llaman orondamente a El Salvador sus presidentes en insufribles discursos—porque el armamento salvadoreño sirve o para ayudar a los yanquistas de Nicaragua o para oprimir al pueblo y aplicar la ley fuga a los defensores de las libertades públicas.

No se consumó el crimen planeado porque todavía hay en América una bandera que cobija a los perseguidos del imperialismo: México. Así lo han expresado miles de obreros y estudiantes, intelectuales, y hombres y mujeres de El Salvador en el bello mensaje de gratitud dirigido al gobier-

(Pasa a la página 208)

La Locura del Hielo

Reconstrucción de unas palabras pronunciadas en el homenaje llevado a cabo a la memoria de las víctimas del Polo, el 23 de Setiembre en esta capital.

Señores:

Decía Taine, el eminente y eximio crítico francés, que no había un país en el mundo donde la planta hombre se desarrollara mejor que en Italia. Sería interesante, aunque seguramente la oportunidad no es esta, confrontar la verdad de este postulado ante las revaluaciones de la filosofía moderna y ante el crisol de las realizaciones prácticas. Lo que sí parece indiscutible, sea cual fuere la elasticidad del eclecticismo que informe nuestro juicio, es que Italia ha sido la cantera milenaria donde el cincel de los graves minutos de las historias ha tallado, en carne viva y palpitante, los grandes próceres que han marcado los caminos de luz de la humanidad en su éxodo incesante.

La Sociedad de Mutuo Socorro entre italianos residentes en Costa Rica, antiguo y esforzado grupo en la devoción de un culto de italianidad mantenido sin intermitencias—ha tenido la feliz y generosa idea de dedicar una hora de este día al homenaje de las víctimas del Polo; y aquí venimos, levantando nuestras almas hasta el azul magnífico, cuyos vientos proféticos peinaran las alas del pájaro fantástico del dirigible *Italia*, para agigantar con nuestra admiración, más si es posible, la hazaña legendaria de los que en sábana de hielo se hundieron en la eternidad y de los que retornaron, impresa en la pupila la trágica visión de pesadilla de aquellas largas horas de desesperanza.

Y he aquí que estos abnegados viajeros no fueron, como los antiguos argonautas, tras del vellocino de oro; iban, como el genovés incomprendido y maltratado por los suyos y por los extraños, a romper la barrera de otro non plus ultra; pues que si la frase feliz dice que en las lonas de las carabelas del Almirante impar soplaban el aliento de Dios mismo, podemos decir, sin que

en la expresión se encuentre rebuscamiento o truco literario, que el avión de Nobile iba empujado por ese viento, de apolicapsis o de epopeya, que a veces cambia los rumbos o los destinos de la humanidad.

Iban estos exploradores celestes, como al conjuro de un excelsior que gritara en sus almas, a marcar la frontera del mundo, sobre los blancos hielos; iban, embajadores de la civilización, a sorprender las últimas rugosidades de esta cáscara de nuez en que vivimos, y a plantar sobre ellas una bandera que significara un avance de luz en la espesa tiniebla en que nos debatimos.

Si pensamos en esto con serenidad y le damos a la hazaña que estamos conmemorando la fisonomía real que la distingue, de empresa de cultura y de civilización, huelgan las pequeñas discusiones—que son casi bizantinismos—de quiénes son los que inician esta fiesta y cuáles son sus móviles; yo estoy seguro de que el único verdadero impulso que aquí nos ha traído es el de que somos, o por lo menos nos sentimos, hombres al día—con los sentidos despiertos ante los signos y los rumores y los presagios de esta hora preñada de hondos designios en que nos ha tocado actuar en el mundo—que ponemos la brasa de nuestro entusiasmo en el fuego de un nuevo culto de vestales que cuidan y defienden, de las acechanzas de la incompreensión y el egoísmo,—los cuales a veces se disfrazan doctoralmente—el tesoro de la ciencia y del progreso, frente a cuyos sagrados ritos ninguna significación tiene el bronco y sordo lenguaje de las banderas, de las banderías o de las etiquetas filosóficas o científicas.

Pensemos, con el recuerdo limpio de prejuicios, en las víctimas de esta desgraciada expedición y en todas las otras que casi en una forma de heroico suicidio, se han ofrecido en holocausto para el perfeccionamiento

de la navegación aérea que llegará a ser el más poderoso lazo de unión entre los hombres. Los hombres se odian, o por lo menos no se aman, porque no se conocen, porque están muy lejos los unos de los otros, porque están separados. Ayer, el telégrafo y los primitivos medios de transporte comenzaron a acercarlos y hoy, el inalámbrico y el avión, están estrechando más y más sus corazones.

Llevemos el pensamiento, al buscar el origen de la hazaña a cuyo homenaje asistimos, a la Italia inmortal que llenó de señorial prestigio la pluma del inmortal florentino; de seriedad, la serena videncia de estadista de Cavour; de majestad, el verbo y la acción encendidos de Mazzini; de gloria, la espada apostólica de Garibaldi y de democrática libertad, la Casa de Saboya; pero en llegando aquí, convengamos en que las grandes empresas humanas no son patrimonio de un solo pueblo ni puede cubrir las arbitrariamente una sola bandera: al lado de la italiana están, en esta ocasión, la sueca, la francesa, la alemana, la noruega: gloriosa anfictionía que está diciendo cómo los hombres, ardidados por sus odios o por sus egoísmos, son capaces de fundirse en un anhelo, por sobre las caprichosas demarcaciones de las fronteras, cuando los mueve o los impulsa un ideal superior.

Alcemos nuestras preces, impregnadas de una cariñosa unción, hacia los valientes capitanes de lo ignoto que rindieron sus vidas en esta que es una especie de caballería contemporánea, con los ojos fijos en un cielo que nada decía a sus almas de soñadores sin ventura; hacia el austero y noble Malgrem; hacia Amudsen y Gilbau, cuya generosidad y cuyo altruismo se recortarán con trazos inconfundibles sobre la más enhiesta cima de la historia; hacia el gallardo grupo de los compañeros de Nobile que se hundió en el gélido abismo polar; y pensemos que una ideal aurora boreal estará ahora celebrando la misa profana de la naturaleza en una sublime apoteosis de su gloria.

J. Albertazzi Avendaño

Set. 1928.



Homenaje, en esta capital, a la memoria de las víctimas del Polo

La manifestación al pasar por la Metropolitana

(Cortesía del *Diario de Costa Rica*)

No hay tal Doctrina de Monroe

=De Patria. San Salvador=

UNA vez más,—ahora le ha tocado el feo papel a Costa Rica,—la América Española rinde vasallaje a los Estados Unidos de Roosevelt, pidiendo *que se interprete* la Doctrina de Monroe por la Liga de las Naciones. Con lo cual reconoce que la barra de grillos que la Tierra de Roosevelt le ha remachado en los pies a la Tierra de Bolívar, merece el nombre de *doctrina*, y que lo único que le hace falta es que *se la interprete*, a fin de que no vayamos a sufrir dificultades por falta de una clara y común inteligencia.

Por supuesto que la intención de Costa Rica no ha sido fea sino bellísima: nada menos que tenderle una celada a la famosa Liga, a ver si ésta, en un raptó de valor o de aturdimiento, declara que la tal *doctrina* es la del Cachalote cuando se encuentra con un cardumen de pecesillos inermes, inocentes y bien cebados, los cuales, mientras van cayendo entre las fauces inmensas del monstruo, se entretienen investigando el oculto sentido de estas palabras: *los pescaditos, para el Cachalote*.

Dijimos que la intención de Costa Rica ha sido bellísima, y si se compara su actitud con la habitual de las otras naciones hispano-americanas,—servil hasta lo imponderable—, resulta valerosa, atrevida, sagaz y digna de un gran pueblo. Así es que al decir que esta vez le había tocado a Costa Rica el feo papel de acatar aquella asendereada doctrina, fué porque, en verdad, resulta feo, después de Haití, después de Cuba y de Puerto Rico, después de Santo Domingo, después de Panamá, después de Nicaragua, no mostrar un franco desprecio a la grosera engañifa que se pretende revestir con la categoría de doctrina.

Eça de Queiroz, escritor máximo y jurisconsulto preclaro, dice, para finalizar un estudio minucioso, documentado e irónico de la Doctrina de Monroe, más o menos estas palabras que son para nuestros pueblos como latigazos en el rostro: «En Portugal suele ocurrir que un labriego tiene su granja bien cultivada, abundosa en olivos y en viñedos, y tentadora para la codicia del gamonal colindante. Entonces el gamonal, tras de inútiles intentonas para comprar aquella perla, se acuerda con el abogado y la autoridad y el cura, le aplica la doctrina de Monroe, y un buen día la granja amanece cercada, e incorporada a la finca del gamonal. Pero también un buen día, el labriego,—sin comentar de ninguna manera la *doctrina*,—se arma de un garrote,

se pone en acecho una tarde, y al día siguiente los primeros transeuntes encuentran al gamonal detrás de un seto, con el cráneo fracasado o el espinazo roto». Parece,—termina diciendo Eça de Queiroz—, que los hispano-americanos tienen otra sangre...

Indudablemente que así es: que tenemos otra sangre. Y no porque no repitamos la hazaña del labriego portugués, ya que fuera el colmo de la quijotería intentarlo, sino porque acatamos la *doctrina* del gamonal, el cerco de alambre de púas con que nos ha encerrado para que nadie más que él pueda entrarse a nuestra granja, y comerse las uvas y las aceitunas.

Si eso que se llama Doctrina de Monroe pudo allá muy al principio ser considerada como doctrina, después del desmembramiento de México y el de Colombia, a nadie más que a los aturdidos y a los muy cándidos se les pudo ocurrir que hubiera ahí otra cosa que una artimaña para disimular una codicia inmensa. Pero ahora, seguir discutiendo e interpretando esa doctrina, es, ni más ni menos, discutir e interpretar los pecesillos, las fauces del Cachalote. Para lo cual, como dice Eça de Queiroz, se necesita ser de otra sangre.

Alguna cosa tenemos mal puesta los hispano-americanos: o bien el cerebro, o bien el corazón, cuando no los dos. Porque sólo así se explica que mientras nos desmiembran y nos engullen a grandes trozos, nos entretengamos en averiguar si eso del Monroe puede tener para nosotros una interpretación favorable o tolerable.

Si fuéramos de otra sangre, hace veinte años que ninguna pluma hispanoamericana habría vuelto a escribir esas insultantes palabras de *Doctrina Monroe*; ninguna Cancillería las hubiera citado, ningún estadista las hubiera discutido.—Habríamos hecho como el león,—que si se ve preso y sin esperanza ninguna de recobrar su libertad, o se deja morir de hambre en la jaula, o se resigna, callado y manso, a sufrir el cautiverio y la servidumbre del circo.

Nosotros hemos caído bajo la vara de hierro del domador, y sabemos cómo esa vara rompe los huesos si está en frío, y como calcina las encías cuando se le enrojece al fuego. Bueno: suframos y callemos, puesto que no seamos capaces de algo mejor; pero no nos deshonremos todos los días discutiendo si la *doctrina*, la vara del domador, es legítima y cuál es su mejor interpretación.

Tengamos siquiera el valor de sufrir los golpes sin honrar la vara que nos golpea,

Alberto Masferrer

No es posible abstenerse

De El Tiempo. Bogotá

Los compromisos como la Doctrina de Monroe no son incompatibles con el presente pacto. Artículo 21 del pacto de la Sociedad de las Naciones.

ESTÁ fundada en la naturaleza de las cosas la petición de Costa Rica a la Sociedad de las Naciones sobre la necesidad de aclarar el sentido de la doctrina Monroe antes de incorporarse a la augusta institución. De su lado la Sociedad no ha podido contestar en forma distinta de aquella en que ha concebido su respuesta. La digna nación centroamericana, modelo en América por la capacidad administrativa de sus gobernantes y por la discreción con que dirige sus relaciones internacionales, tenía perfecto derecho a exigir que se aclarase el significado de la cláusula 21 del Pacto de Versalles, incluida por un error de apreciación en el

histórico documento. Cuando esa cláusula fué introducida entre las estipulaciones del pacto, los que discutían su sentido y su posible aplicación partían de la plausible hipótesis de que los Estados Unidos saxoamericanos suscribirían el documento. En tanto que la poderosa república formase parte de la sociedad, el artículo 21, interpretado de acuerdo con las demás estipulaciones no pugnaba con el sentido general del documento. Pero el senado de Washington usando de una seriedad que a menudo les echa en cara en sus relaciones diplomáticas a los pueblos del sur, quiso negarle su sanción al tratado en cuya redacción había puesto su saber, su gran caudal de piedad cristiana y todas sus energías intelectuales servidas por su incontestable prestigio del momento, el Presidente Wilson. Esa cláusula le da existencia internacional a la declaración vo-

luntaria de un solo país. Equivale el artículo 21 del Pacto de Versalles a un reconocimiento oficial de la doctrina Monroe por las naciones signatarias del pacto. Está en la naturaleza de las relaciones internacionales y en el sentido de la historia suponer que ni las naciones europeas ni mucho menos las americanas situadas al Sur del Río Grande habrían firmado el pacto de Versalles con la cláusula 21, si el presidente de aquellos Estados Unidos, en representación de ellos, no hubiera sido una de las partes en el solemne documento. Invitada Costa Rica a ingresar en la Sociedad formada de acuerdo con ese pacto, no podía menos de exigir que se fijara el alcance del artículo 21, antes de aceptar o rehusar la galante invitación. Sorprende que España, desligada ya del agosto cuerpo, no haya alzado ante la Sociedad una petición semejante.

De su lado el instituto ginebrino ha procedido al contestar en forma irreprochable. Ni su constitución ni sus limitados poderes le permitían expresarse en forma distinta. Ese cuerpo ha alimentado siempre la esperanza de que sobrevenga algún día un gobierno saxoamericano dispuesto a ingresar en su seno. La expectativa es remota, pero no cae necesariamente fuera de los vastos límites señalados a la posibilidad en los postulados de la lógica y en las desconcertantes alternativas de la historia. En esa esperanza el artículo 21, hoy contradictorio y ocasionado a incómodas interpretaciones, se hace intangible. No podemos hablar con precisión de la actitud asumida por la Sociedad al resolver la consulta de Costa Rica porque las informaciones telegráficas son fragmentarias y no guardan relación satisfactoria las unas con las otras. Está en favor de la equidad el pronunciamiento, si acaso lo ha hecho la Sociedad, de que el convenio constitutivo de esa entidad ni añade ni quita fuerza a la doctrina mencionada, pero en la práctica podría objetarse que en tal caso la introducción del artículo 21 carecía de objeto y por lo tanto no ha debido aparecer entre las demás estipulaciones del pacto.

Es indudable que sin la intervención del Presidente Wilson el artículo 21 no habría figurado en el tratado de Versalles. Ni las potencias europeas ni las otras naciones que en él intervinieron tenían entonces ningún interés en hacer la declaración que él encierra; pero a un mismo tiempo no es posible escapar del hecho de que tal estipulación lleva firmas de muchos países que no suscribieron limitación alguna para el caso de que los Estados Unidos saxoamericanos se negasen en último término a sancionar el pacto. Esta opinión sostenida en estas mismas columnas antes de ahora parece coincidir con alguno de los comentarios que el *Daily Telegraph* le ha hecho a la consulta de Costa Rica. «En virtud de aquella decisión, dice el sesudo y autorizado diario londinense, los Estados Unidos están fuera de la Sociedad, pero el reconocimiento de la doctrina Monroe está en todo su vigor».

En telegramas posteriores se citan otros párrafos de la contestación dada a Costa Rica y ellos tampoco aclaran las dificultades de la situación; en nuestro concepto las agravan. Dice la contestación:

«La Liga de las Naciones jamás emprenderá la interpretación de convenios o tratados internacionales que se hayan negociado fuera de sus auspicios.»

En esto la Sociedad no ha previsto los acontecimientos. Si mañana ocurriese una agresión de aquellos Estados Unidos a una república americana de las que pertenecen a la asociación internacional, y de acuerdo con otras estipulaciones del pacto la república agredida pidiese la protección a que tiene derecho, la nación agresora podría alegar con apariencias de derecho que habiendo la Sociedad expresado claramente

que las estipulaciones del pacto no se oponen a lo convenido en declaraciones como la doctrina Monroe, no puede intervenir en este continente. En tal emergencia la Sociedad se verá en el caso de interpretar no la doctrina saxoamericana, sino el alcance del artículo 21. Y si en una contingencia tal el instituto se abstuviera de obrar; las repúblicas americanas tendrían que reconocer la inutilidad del pacto para su protección en ocasiones semejantes.

Ha transmitido también el cable las siguientes palabras de la contestación a Costa Rica: «El artículo 21 ni intenta definir tales compromisos (como la doctrina Monroe) pues tal intento habría tenido por efecto el restringir o aumentar la esfera de aplicación de ellos, tarea que no correspondía a los autores del convenio sino simplemente a aquellos estados que hayan aceptado obligaciones de esa clase». A lo cual importa observar que no se puede hablar de compromiso refiriéndose a la declaración de Monroe, porque ella no envuelve obligación

mutua. Tampoco envuelve obligación para la entidad de quien proviene, pues tal entidad como el mismo derecho con que formuló ese principio puede reformarlo o abrogarlo según su propia conveniencia. En efecto, la accidentada historia de la famosa doctrina da testimonio de su imprevisible elasticidad. Las naciones americanas no la han aceptado, sino en la fórmula del pacto de Versailles, y si la Sociedad se niega a interpretarla por cualesquiera razones de conveniencia o de derecho, toda la estructura moral de la Sociedad queda, por lo que hace a estos pueblos de América, a merced de quienes proclamaron una doctrina para su único provecho y lograron premeditadamente o por su buena suerte hacer de ella un estatuto intangible, por las disposiciones de un pacto internacional de que no forman parte.

No es posible imaginar una situación más desfavorable ni más equívoca para las repúblicas americanas que han ingresado a la Sociedad de las Naciones.

B. Sanín Cano

El trovador colombiano

=De el tomo *El hombre que parecía un caballo* y *Las rosas de Engaddi*. Guatemala, 1927.=

(Véase en la entrega anterior, *El hombre que parecía un caballo*).

TUVE la visión del perro al mismo tiempo que la del caballo. Cuando conocí aquella alma nobilísima de piafante corcel del señor de Aretal, conocí también la pobre alma de perro callejero, de León Franco; la pobre alma de can sin dueño, mutilado y triste como las bestias que el buen Jesús llamó a su pesebre. Porque es preciso que os fijéis en que el buen Jesús llamó dos animales mutilados a su pesebre: un buey y una mula. Dos animales que no podían conocer el amor en su forma de atracción física, que es una de las manifestaciones del amor divino, porque no hay más que un solo amor, así como no hay más que un solo Gran Ser que lo llena todo.

Tuve la percepción del perro entonces. El señor de Aretal había bajado a la cantina del Hotel, desde su elevada mansión aérea, y bebía, impenitente, y dejaba fluir el chorro comunicativo de su alma desbordada.

Exultante e incansable, llevaba a la fatiga los espíritus de sus amigos. Al término de un día en que el fastidio nos encontró acorazados por su palabra reveladora, nos retirábamos a nuestros lechos, rendidos y gozosos como un amante después de una noche de amor.

Pregonaba el señor de Aretal el culto externo de su arte literario y, antes de leer nos sus maravillosos versos, nos preparaba cuidadosamente los espíritus. Nos leía los ritmos de los grandes evocadores, revestía su palabra de ornamentos dorados, se cerraba con nosotros en sitios bellos, y cuando vista y oído estaban presos de misterioso encanto, cascabeleaba sus estrofas o nos hacía verter la sangre de las nuestras. Pero encontró que este proceso era largo y para algunas almas ineficaz. Y entonces, violento, forzó el paso de los espíritus herméticos, ahogándolos en alcohol. ¡Cuántos, como Athos, no tienen las ideas claras sino cuando están nadando en vino! Cuando las almas mínimas bebían, el líquido, que es un gran nivelador, hacía ascender los espíritus flotantes: entonces el señor de Aretal arrojaba con menos pena sus húmedos topacios de encanto: los veía irse a fondo, volverse borrosos y apenas perceptibles, en un mismo

matiz de agua: confundirse en una sola impresión de conjunto. Y por el mismo océano en que existían, se comunicaban sus gemas y las almas insumergibles.

Esta vez en que conocí a León Franco, la magia de la palabra del señor de los topacios ya me había preparado para las visiones agudas. Por eso sonreí, sonreí todo yo cuando vi a Franco. ¡Qué leal cabeza de perro! ¡qué fiel cabeza de perro de Terranova! ¡qué alma pura y leal de perro! ¡Cuántas cosas gruesas en ella! ¡Hermosa cabeza cuadrada!

Su nariz era ancha; y a sus dos lados una hinchazón de los carrillos, se ofrecía como el pan; en su frente había también líneas rectas: era un cuadrilátero: su boca estaba guarnecida de gruesos dientes, descubiertos al menor movimiento de sus labios gruesos. Y así Franco enseñaba los dientes a menudo. A los extremos del labio superior tenía unos ralos y gruesos pelos y por lo tanto alguna especie perruna debe tener también bigotes. Yo en este instante no los recuerdo: sólo recuerdo los de los gatos.

¡Oh noble boca de perro! ¡Boca que era mano y beso para el dueño! ¡Cómo debe amar el buen Dios la boca de los perros cuando la hizo mano al mismo tiempo! ¡Boca humilde que alza los alimentos del suelo sin sentirse humillada! (Franco siempre había vivido, perro bohemio, pidiendo el pan a distintos amos: el señor de Aretal se lo daba cuando lo conocí; el pobre no tenía manos, sólo tenía boca).

¡Boca que era mano para asir y que era mano para acariciar a la hembra; y cuerno o casco para defenderse; y labio para besar; y boca, después de todo, boca santificada por el paso del pan recogido del suelo!

León Franco era un noble perro. ¡Oh especie de los perros, casi humana; tan humana, tan humana, que es la única que comparte con el hombre el raro don de estar dividida en razas! La evolución la partió como un cuchillo. ¡Cómo serán de altos, pues, los perros! Si casi son hombres. Hay perros malos, crueles. Hay perros que son una monada, una chuchería artística, cuya razón de existir es ser graciosos y

menudos; perros que, sobre las faldas de las bellas mujeres, representan en la especie perruna algo de lo que representan en la raza humana algunos de los pobres poetas: perros de adorno, en fin. Hay perros que viven porque tienen dientes para morder; no tienen manos, pero tienen dientes que vender a los hombres; parecen hijos de la Suiza de la Edad Media: son como soldados de fortuna que defienden intereses ajenos por la pitanza.

Y hay también perros de presa. Una vez, yo tuve su visión clara y terrible. En una costa tórrida de no sé que país, cuando hacía el trayecto entre dos fincas productoras de café, vi de pronto pasar a tres alemanes montados en tres pesados y enormes caballos yanquis, al mismo trote uniforme, alzando a compás sus nalgas anchas, vestidos los tres de kaqui amarillo! Y atrás iba la alucinante fantasmagoría de tres perros de presa, grandes, de feroces cabezas cuadradas, que daban la espantosa visión de pesadilla de ser las tres almas duples de los tres hombres que los precedían. Así, ante estas dolorosas visiones de los hombres locos o iluminados de este siglo pavoroso en que floreció Nietzsche, deben haber surgido las desorientadas escuelas pictóricas, cubismo, impresionismo, que no son otra cosa que el modernismo de un arte plástico. Así debió ver el mundo Doménico Theotocópouli. Yo también veo todas las cosas alargadas, como si una eterna luna proyectara eternamente sus sombras en mi espíritu. Es que el super hombre se acerca y lo precede el super arte. Un visionario de apocalipsis suele ser el precursor de los grandes seres que se avecinan.

Hay perros artistas. Hay primitivos perros de campesinos que aun no perdieron el pelaje de los lobos, así como hay ciudadanos que aún no perdieron el pelo de la dehesa.

Hay perros degenerados: esas son malas especies de hombres, digo, de perros, de los que no hay que acordarse: a los que hay que olvidar como hay que olvidar a ciertos perros, digo, a ciertos hombres. Volvamos a nuestro León Franco y lloremos sobre él: ¡era el dulce perro familiar! Ese pobre perro que en la especie canina representa al pobre poeta en la especie humana y por eso es calumniado por los de su raza! ¡Porque está pronto a ser más que perro, porque se acerca al hombre, porque va a volverse hombre; así como el artista es calumniado porque pronto va a ser más que hombre, porque se acerca a Dios; porque va a volverse ángel!

Todos calumnian y vilipendian al perro familiar. El perro lobo lo llama vil: besa la mano que le pega.

El perro de presa lo llama tonto: respeta a las avejillas del campo.

El perro de San Bernardo y el perro de Terranova lo llaman poco caritativo: no salva ninguna vida humana.

Todos, de consuno, lo llaman ocioso: es una pobre María de los perros: deja a las Martas perrunas trabajar y él sólo sabe amar y sólo ama. Pide caricias al hombre; besa la mano que le pega; y así se humaniza y se acerca al hombre, como María se acercaba a Jesús. Según un Nietzsche de la raza, es compasivo como si formase parte de un credo de renunciamento; según un Ingenieros, admirador del último filósofo, descuida tanto la higiene como un monje de la Tebaida. Tiene desarrollado, según un Lombroso canino, el órgano de la veneración. ¿Comprendéis? Tiene ese don inestimable de saber admirar. ¡Que se consuele! Los poetas también lo tienen: todo el arte no es sino mayor capacidad de admirar. ¡Nunca me he sentido más digno que cuando caí de rodillas! Yo también soy un pobre perro que tiene su amo en el cielo. Cuando me incliné ante sus aras, oí la solemne voz de Hugo o de Vargas Vila: pudo ser de Díaz Mirón:

de cualquier hombre trueno:—«En este siglo los hombres que estamos de pie no vemos a los que están de rodillas».

No; mentira: calumnio al autor: la frase era más bella: más concisa;—oh divina concisión, atributo del genio:—era menuda y dura y redonda como una moneda echada a rodar: la muchedumbre la puso inmediatamente en circulación.

Pero volvamos a León Franco. Si él no fuese perro callejero, con el instinto de los viajes, si yo hubiese tenido pan para dos, mi hogar le hubiese dado albergue y uno de los dos hubiera llorado sobre la tumba del otro. Hay historias: ya sabéis: ¡cuántos seres con almas amorosas que tuvieron la dicha de tener un perro o un hombre que se dejaron morir sobre su tumba. Mirabeau tuvo dos perros: uno desnudo y otro vestido. El vestido, cuando vió lamer la mano del gran orador, pidió disfrutar de la misma dádiva hecha al perro y la besó; después, cuando Mirabeau moría, ofreció su sangre para salvar la preciosa existencia: que la trasfundiesen al gran hombre. El otro, el desnudo, murió sobre la tumba del sagrado revelador. Dios, que a veces me colma con la gracia de amarlo y de humillarme ante Él, me contó lo que había hecho con las dos almas veneradoras: al perro lo hizo hombre, y al hombre, poeta. ¡Lo que admiraban y amaban los dos!

Me ha pasado muchas veces: generalmente con hombres gordos; siempre con hombres bien proporcionados y sanos; nunca con los seres pálidos y flacos que temía César: ¡los amo a primera vista y me dan una gran sensación de confianza! Todo mi ser descansa en sus rostros gruesos y se ensancha en sus vientres anchos. Yo no temo a los gordos. Nunca son muy malos. No pueden serlo: les pesa el vientre.

Sé que son cosa mía; que no me negarán nada: a mí, que vivo pidiendo a todos porque soy un ser flaco y egoísta. Tal vez es que yo soy el hombre y ellos son los perros. Hacemos tratos. Yo tiro de sus almas, soy el revelador, los levanto hasta mí, los humanizo; ellos me prestan sus dientes para defenderme, y sus elásticos y flexibles músculos suplen la pobreza orgánica de mi cuerpo cenceño. Es natural: el universo es una gran sociedad; todo es sociable; todo es un cambio de amor. Como esas abejas u hormigas que se dejan morir si especies inferiores no las sirven, yo me dejaría morir si no me sirviesen a mí. Se puede llegar a comprender que las castas y la esclavitud sean de origen divino; y de esta comprensión a llegar al origen divino de los reyes hay sólo un paso.

León Franco fue una cosa mía desde que lo ví. Pero ya estoy cansado: acabemos a prisa este cuento, que si no queda en el limbo que lloró Becquer. Todavía no he encontrado un ser que me preste la corporeidad que falta a mi espíritu sin materia agente. Por eso mi estilo es doloroso e in-

quieto y tiene una unidad impalpable, percibida por muy pocas almas. Por ello me refugié en el verso. ¿Pero, cómo contar en verso estas visiones?

Si no concluyo esta historia hoy, en que mi alma está lúcida, mañana la concluyo mal o no la concluyo nunca. «El pegaso da saltos», dijo Rubén Darío. Yo, que no sé apear-me, a veces me duermo sobre él y entonces parezco un ilota.

León Franco pronto fué una cosa mía: Su pobre espíritu de perro callejero se aferró a mí. Buscó mi caricia. Todo lo que en mi alma queda de niño fué comprendido por su clara mirada de perro leal. ¡Si viérais cómo perciben de bien los perros las partes claras de las almas de los hombres! Tienen enemistades. Ladran a los hombres crueles; muerden a los hombres miedosos: buscan las manos de los hombres de bien.

León Franco se aferró a mí y me hizo sus cabriolas para halagarme: ¡imitó a los perros!; ladró como can sin dueño! Mi alma llena de revelaciones, de la revelación eterna de que habla el héroe del *Sartus Resartus*, se estremeció de comprensión: comprendía algo, y, fiel a su destino, podría enseñar algo: ¡aquél buen hombre que parecía perro, imitaba maravillosamente el ladrido de los perros! Cuando me mostró su extraordinaria habilidad, todos los perros del Hotel le contestaron y el gozquecillo de la bella Lady, cuyo reino quedaba vecino al reino de Aretal, acabó de abrir con su pobre manecita atada, la puerta y penetró preguntando:

—Yo existo, fíjense bien: existo: existo....

Y entonces empezó un gracioso espectáculo. León Franco jugó con su minúsculo congénere: ladraban y saltaban a porfía. ¡Y qué saltos los de Franco! ¡de perro! ¡y cómo imitaba los aullidos del gozquecillo!

Hubo que sacar a su minúsculo amigo, tal vez cuando sus dos almas se regocijaban de conocerse, porque un amigo del señor de Aretal hacía versos. El señor de Aretal también los hacía; pero su noble espíritu cantaba, sin disonar, en armonía con las voces de todos los seres creados.

Únicamente observó:

—¡Qué cosa más rara! Llamaba al héroe de mi poema en prosa el Señor de Quiñónez: al ladrar Franco y su amiguillo ya no pude llamarlo sino el Señor de Avelúa; y al llamarlo el señor de Avelúa, todas las bellas frases de mi poema desarmonizaron con el nuevo nombre: ¡porque todas las había formado al rededor de las vocales de Quiñónez! Tendré que empezar de nuevo. Ahora comprendo la súplica de Flaubert a Zola, cuando ambos emplearon el mismo nombre propio; y comprendo también los entusiasmos de Balzac al encontrar un apellido sonoro. Cuando se ha escrito una obra literaria, teniendo entre las bases el bello nombre de un héroe, cambiarlo es desquiciar un Partenón impalpable: tendré que empezar de nuevo.

El digno señor de Aretal se mantenía así, empezando. Quedaba en divinos fragmentos: nunca terminó un poema porque nunca estuvo satisfecho del todo.

No fué esta la única vez en que Franco comprendió su deber de divertir mi pobre espíritu de niño castigado.

Otra ocasión, hablaba yo con Aretal. El señor de los topacios se hallaba sentado y yo, frente a él, de pie, con la mano a la altura de la frente y el extremo del dedo pulgar de mi siniestra tocando el extremo del dedo inmediato, redondeaba, con ese movimiento, el armonioso período de armoniosa teoría cosmogónica: como siempre que hablábamos, empezando en las cosas mínimas acabamos en Dios.

Al llegar al Ser Supremo, Aretal comentaba:

—Todos los caminos son caminos reales para llegar a Dios.

O citaba a Carlyle:

—«Todos los caminos, hasta este simple camino de Endepul, te conducirán al fin del mundo».

Así, de Dios bajábamos a sus profetas, o empezando a hablar de rosas concluíamos por hablar de su autor. Y cuanto llegábamos a Dios, nos abstraíamos del mundo externo.

No sentimos, pues, en la ocasión a que me refiero, la presencia de un intruso: sentirla hubiera sido cometer el delito de separatividad. De pronto, un ladrido amenazador y una cruel mordida en mi pierna izquierda. Chillé como una mujer que ve pasar un ratoncillo: eran la boca humana de Franco, que ladraba imitando a maravilla la voz de amenaza de los perros, y su mano desatada que, para completar la ilusión, atenaceaba uno de mis miembros inferiores.

Cuando vi a Franco, salté gozoso: podía afirmar, y lo afirmo: Franco daba la sensación de un perro. Pero cabal; sin soluciones de continuidad; perfecta. Así como una llama y todas las figuras del Greco nos hacen sentir una mística aspiración de la materia alargada hacia el Señor, así León Franco me hacía sentir la maravillosa unidad del Universo manifestado.

Y entonces Aretal, contagiado de las prodigiosas miras de mis ojos, porque ya habíamos hablado mucho de la sensación de perro que daba nuestro amigo, así como de la sensación de caballo que daba el mismo Aretal, me contó que Franco vivía próximo a la casa de una vieja solterona que acariciaba una jauría numerosa de canes. E interrumpiendo aquí su historia, divagador como nuestro Juan Montalvo, yo prorrumpí:

—Se vitupera ese amor de las solteronas por los animales. ¡Cobardes los que tal hacen! El hombre humaniza todo lo que toca. Si manipula los metales, les presta sensaciones casi orgánicas; y si ama a los animales, los vuelve casi humanos. ¡Divinas solteronas de amores refugiados en lo más bajo de la escala de Jacob, y divinos nosotros los poetas, que amamos todo viejo mueble familiar, todo sitio de la infancia o de la juventud, en que escribimos páginas de nuestra historia!

Y el señor de Aretal, tomando de nuevo el hilo, en el maravilloso cordón que tejamos juntos, él con sus dos piernas sembradas en la tierra, recibiendo la sabia de fuerzas naturales, yo como un árbol invertido, con mis dos manos tendidas a la altura, aéreas raíces que por minúsculas ventosas recibían el pan vivo. A la postre, ¿qué es un árbol sino una aspiración de la tierra hacia los cielos?, ¿qué es un animal sino un árbol desatado?, ¿qué es un hombre sino un animal con manos tendidas hacia lo azul?... Y todos con una raíz más o menos sutil internada en la madre tierra: sólo que los

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes de la vista — Anteojos y lentes de todas clases

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas de los señores Médicos Oculistas
Gemelos de teatro y campo — Microscopios — Lentes de lectura

GUILLERMO RIVERA MARTIN

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

APROBADO POR LA FACULTAD DE MEDICINA DE COSTA RICA

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

Correo 349

árboles nunca rompen su cordón umbilical.
Y el señor de Aretal:

—Cuando Franco pasa ante la habitación de su nueva amiga, invariablemente se detiene ante la puerta, entornada casi siempre, y aulla con una gentileza de can trovador; sus hermanos responden; hacinados en la misma amplia alcoba de la solterona, tejen una alfombra complicada como las alfombras de Persia, evolucionando en su cárcel estrecha: dan vueltas y ladran. Pronto Franco se refocila con ellos. ¡Si usted viera qué saltos, qué alaridos...! ¡Uf...!

¡Cómo un can trovador! ¡Qué curiosa y qué linda la frase de Aretal! Aún no he dicho nada de los cantos de Franco. Si vierais lo que me cuesta decir lo que tengo que decir; es un mensaje divino; pero tengo tan mala memoria que se me olvidaron las palabras de mi mandatario. Soy como esos moribundos que no aciertan a comunicar sus visiones celestes, ni al doctor, que ríe y habla de delirios, ni a los deudos que rodean su lecho, que no entienden, pero que se sienten conturbados. Estoy casi del otro lado de la vida: hace catorce años que empecé a morir...

No había dicho nada, todavía, de los cantos de Franco. Franco era un buen perro grueso que se había tragado un jilguero. Cuando llegó a la ciudad, los periódicos anunciaron las próximas actuaciones teatrales de dos trovadores colombianos. Franco era uno de ellos. ¡Divina Colombia, madre Atenas nuestra, que en la época moderna y en este nuevo mundo, haces una frase de ironía ática de la vida, te vengas con un chiste de tus malos gobernantes y tienes ya música americana y literatura americana! Aquellos dos enviados de los melancólicos bambucos, nos hicieron sonreír y nos hicieron llorar. Franco era uno de ellos. Su compañero estaba en segunda línea; posterguémoslo aún más en nuestra historia: casó con una viuda rica el pobre... En cuanto a Franco, Franco, el gran Franco, salía a las escenas de frac sin arrugas y de pechera immaculada. Parecía un perro sabio. Y cantaba: el jilguero que se había tragado le sonaba, detenido en la garganta: su voz ronca, educada en las cantinelas familiares, ante la ventana de las muchachas de Bogotá, acompañando los cantos de los bogas en las costas, se hacía oír en el teatro sin ninguna preparación técnica, como la queja musical de los perros; ¡pero cómo hacía llorar! Era imbécil y divinamente enternecedora como una de las composiciones poéticas de Julio Flores, letras de muchos de los bambucos. Cantaba las montañas azules de las ciudades entre montañas de Antioquia. Lo que más conmovía era su cara de perro, tan dulce al cantar... Pero como su público no era sólo de poetas, pronto se suspendieron las funciones... ¿Qué importaba aquello? Siguió cantando en las mesas de los bohemios. Cantó para el señor de Aretal, comió de su pan... Y ¿en estas Américas del centro, quién se muere de hambre? Franco, con un horror instintivo por el trabajo, —¿no veis que un perro hace muy poco que tiene manos y no sabe aún qué hacer de ellas?— sabía de los evangelios el divino mandato que precisó Ripalda:

—«¿Y por qué pedís el pan nuestro de cada día solamente?»

—«Para quedar necesitados de pedir lo mismo mañana».

¡Ah, si los ricos entendieran, si los ricos leyeran el Catecismo de Ripalda; si lo entendieran los socialistas...!

Con esta sabia imprevisión, vivió así, al día, como un perro callejero, confiando todo él en la munificencia de su amo: el amo de los pájaros y de los perros, el buen Dios. Naturalmente, el amo no faltó; ¡qué había de faltar!

Pero un día, entre sus necesidades cotidianas, amaneció la de cambiar de casa o

de calle: las ciudades de Hispano-América eran calles de una sola población para Franco: quiso ir a Honduras. Esos montañeses de la noble Honduras lo atraían: quizás eran como los de Antioquia. Entonces le pidió a la vida una pequeña dádiva. Digo a la vida, pero podéis leer al presupuesto del país en que estaba. En realidad, todas las peticiones se hacen a un solo Dador. Ya sabéis que el presupuesto da, pero es un Señor muy formulista, que se hace esperar. Después de que nuestro buen perro frecuentó diez semanas los ministerios, en tranquila espera, porque no le faltaba ni el pan ni el aguardiente ni las camisas del Señor de Aretal, un día amaneció con la mínima dádiva que había pedido a la vida entre las manos: tenía el precio de un pasaje para ir a la odorante Honduras...

Entonces, y como no era generoso marchar sin despedirse de sus amos, nos invitó a comer una comida colombiana. Cuando llegamos a su cubil, Franco salió a nuestro encuentro, dando volteretas, con una enorme cacerola entre las manos, y un fachendoso delantal blanco de cocinero de Hotel italiano. Felicitaciones de Año Nuevo en tarjetas postales y juguetes de fabricación francesa, para niños, os podrán dar su retrato: ¿no habéis visto esos perros de gruesas narices, sobre las que montan dorados anteojos, y de blancos delantales, que hacen las delicias de bebés de cinco años o decoran las consolas de modistillas de veinte abriles? Son retratos de Franco. ¡Bueno y generoso hombre, cómo saltaba de contento! ¡Qué corazón de niño el de ese viejo! dicen las gentes y no saben que debieran decir: ¡qué vestido más viejo el de ese niño!

Franco saltando—Franco era un hombre tón, moreno, grueso, ancho—hacia bendecir al Dios que llamó a Sí a los niños. Pero sólo los niños sonríen a los niños; a los viejos nos hace llorar el espectáculo de la infancia. Yo tomé la primera cucharada de sopa con lágrimas en los ojos. Aretal sonreía complacido. Los caballos acaban de salir de las manos de Dios y todavía no sienten su ausencia; ¡ah!; ¡yo soy un hijo tallado de mi padre y lloro que esté lejos!

Comimos... No podría decir cómo es la sopa colombiana: me acuerdo, sí, de rodajillas de papas y de plátanos, fritas en manteca, que hacían reír a mis compañeros de mesa, oliendo del olor de la madre patria. Me acuerdo de un plato de huevos, muy picante... Mas no me acuerdo bien de lo demás que comimos, precisamente porque tengo que hablar de lo que bebimos antes...

Baste decir que cuando nos sentamos a la mesa ya estábamos semi beodos. Es decir, semi beodo yo; beodo del todo el magnífico Señor de Aretal. Franco tan beodo, ay, que no marchó a la mañana siguiente, como se lo había propuesto: siguió bebiendo una semana más. ¡Se bebió el precio del pasaje! El precio de diez semanas de espera. Aretal lo encontró lógico y conveniente:

—Un pobre hombre que ha esperado tanto tiempo: es natural su desquite...

En verdad ¿cuándo un perro supo ahorrar ni tuvo la virtud de la previsión?

En uno de los días del consiguiente retraso de la partida de Franco, salimos éste y yo a pasear. El Señor de Aretal nos echó de su aposento. Leía un estudio sobre la fertilidad de la Judea y con esa ruda franqueza que sólo tenemos para los amigos, nos mandó a paseo.

¡Bienhadado mandato! Era la hora de medio día. El padre Sol, obediente a la eterna ley cíclica, nos mandaba sedante bochorno y fatiga, con la misma augusta llama con que otras veces nos enciende las almas de amor y de energía. Nunca he visto a mi fiel Franco más en carácter. Parecía uno de esos perros que a la hora del bochorno dormitan en las aldeas caldeadas o caminan pe-

nosamente con las colas caídas y las cabezas bajas. ¡Pero hay tanta reserva de fuerzas en un perro, que aún no sabe pensar! Pronto hubo de tornarse juguetón y alegre. Sucedió este cambio cuando llegamos a uno de esos oasis de verdura adyacentes a la ciudad americana. Era un bosque metido en plena Urbe: un bosque partido de potrero: uno de esos brazos con que el campo ciñe por doquier a la joven ciudad latina y que hacían exclamar al munificentísimo y ultra urbano señor de Aretal, que vivía llorando con quejas de niño los refinamientos de civilizaciones más avanzadas:

—¡Vaya! Ahora comprendo que en esta mínima ciudad un hombre culto no pueda ni leer a Platón, ausente de las librerías que llena López Bago; ni leer a Bilitis, ausente de librerías que llena Carlota Braemé; ni encontrar trajes para hombres en sastrerías que visten orangutanes; ni pedir a un facultativo que le desocupe el vientre, turbado de vino, media hora antes de concurrir al banquete de un amigo. Ahora comprendo que en ella no existan ni pedicuros, ni baños confortables, ni siquiera un buen chocolate... Pero ¡es comprensible! una metrópoli que tiene un bosque por casquete y otro bosque por pantuflos y un tercer bosque a cien metros de su catedral...

Llegamos a uno de estos verdes bosques que ponían tan furibundas invectivas en labios de Aretal: seстеaban ganados. Corrió Franco al encuentro de las vacas. Una vaca pizarra, separada del rebaño, triscaba en compañía del becerrillo juguetón. Mi amigo fué a ella: le ladró a los cuernos, le ladró a los costados. ¡Graciosos saltos laterales los de la vaca pizarra, azuzada por aquel hermoso perro humano! Jugó así algunos minutos: después, trotó hacia su amo, que descansaba a la sombra de un árbol florecido, y se echó a sus pies.

Callamos: uno quiere a sus perros; pero no les conversa. A lo más, les dirige la palabra. Y en esta palabra dirigida hay siempre juego o cariño.

Yo, al fin, cansado de estar solo, jugué un poco.

—Franco, usted ha amado?—¿Franco, usted ha trabajado alguna vez?—¿Franco, qué desea usted?...

¡Nada! ¡Nada! Era un buen perro. ¡Qué alma de perro aquella! ¡Qué alma de perro, vagabundo y ocioso! No pensaba nada, no quería nada. Se había ayuntado a veces con las hembras, en uniones pasajeras, fecundas o no, siempre olvidadas. Ninguna noción de hogar ni de familia. Veneración para seres superiores: deseo de serles grato: un poner a sus órdenes colmillos y patas: un sumiso aportar de golpes: un pedirles cariño y pan. Y luego nada: el vacío, hasta que un viento que corría a otras tierras lo empujaba...

El señor de Aretal me había contado, una vez en que yo le comuniqué la sensación de confianza que me inspiraba Franco, una anécdota, clara amplificación de la lealtad de nuestro amigo.

Cierta ocasión, en una callejuela, el señor de Aretal, que solía con frecuencia, por medio de violentos corcovos, lanzar lejos de sí seres poco amables, se enzarzó en una disputa con dos jóvenes alemanes. Habían salido juntos de cualquier casa alegre y, majestuosamente lleno de indiferencia, Aretal empeizó cálido discurso sobre la madre Francia:

—En tiempos de Augusto, la mitad del orbe era romana: hoy es francesa...

Los jóvenes alemanes, elegantes horteras de tal almacén, protestaron con rudeza agresiva. Aretal, que ante un puño amenazador, sobre todo si era un sólido puño teutón, se sentía cobarde como cualquier Rubén Darío metido bajo la mesa de la anécdota, se preparó a desaparecer, confiando en la buena estrella que salva a las mariposas verdes como las

hojas de las plantas, de la mirada de los pájaros aviesos. Sencillamente, se sintió teñido de una coloración germana pura, que en lugar del anterior gris parisiense, lo volvía de un matiz sucio de cerveza bábara.

Pero este nuevo matiz no se llegó a acentuar.

Franco, rápido, mordió a los alemanes y los puso en inverecunda fuga, cuya vergüenza fué atenuada, eso sí, por consonantes bárbaras, rezongadas con el dulce acento peculiar a los hijos de la suave Germania.

Franco los mordió con su puño de hierro dulce latino, y el señor de Aretal, más definitivamente gris que nunca, se alejó del brazo de su fiel amigo, lleno de la indiferencia y de la majestad de una realeza ofendida.

* * *

Cuando regresamos de nuestro oportuno paseo bajo el enervante sol del medio día, el señor de Aretal, que ya había concluido el tratado sobre la fertilidad de la Judea, se enfrascaba en un no menos interesante estudio sobre el baile en la antigüedad. Temeroso de una nueva ración de sol canicular, me preparaba a despedirme, cuando llegaron, en animado grupo, dos o tres de los elevados artistas jóvenes que rendían parias al señor de Aretal y se agrupaban en torno suyo, como en torno de un joven maestro.

Los dioses propicios hicieron que los recién llegados fueran almas de selección, y el señor de Aretal se doró todo luminosamente. Eran, copiando su expresión, el gran poeta fresco y odorante de Centro América, Alfonso, y la fina alma de gatito o de mujer, de Roberto. El señor de Aretal se volvió fresco como las rosas de Engaddi, húmedas de rocío, y sutilísimo y quebradizo y femeninamente delicado e inofensivamente maligno, como una mujer, un gato o un artista.

Figuraos lo que el señor de Aretal sería entre tres almas como las nuestras. Fué una regia sala con muros y techos de espejos, que multiplicaron, alejaron, acercaron, y diafanizaron nuestros espíritus. Llegó a última hora Carlos. Un alma que no amo, pero a la que admiro, respeto y estimo, porque es dura, pequeña, penetrante y necesaria e individual como una espina. Fué la espina de nuestras rosas de luz. Pero una fina espina, tan bellamente acabada en punta, con tan divino buen gusto redondeada en su pequeñez, como el mórbido talle de una palmera. La maravillosa catedral de Heliópolis no es otra cosa que la fiel copia de la arquitectura maravillosa de una espina. Algo redondeado que se eleva hasta los cielos y a medida que se eleva se diafaniza. El arte arquitectónico empezó copiando a la naturaleza: las primeras bóvedas eran imitación de las formadas por los árboles: las pirámides de Egipto no son sino la achatada espina de un rosal, porque la geometría está en el alma íntima de la naturaleza.

Y entonces, los cinco empezamos a tejer un maravilloso torsal. Aretal pidió vino. Nos mojábamos las manos, es decir, las bocas, y contribuíamos con nuestro hilo. Nuestras redondas cabezas parecían los vientres inagotables de arañas gigantes, tal maña se daban en prolongar filamentos maravillosos. ¡Y qué divina tela la tejida! pudiera ser el velo de la reina Mab o el impalpable velo de Maya. Cupiera, como en un cuento de las Mil y Una Noches, en una cáscara de nuez y abarcara después el área en que se afincaba una ciudad. Cuando nuestros dedos se entorpecían, los mojábamos en vida o en vino. Mis compañeros tenían una curiosa manera de darme de beber. Avaro como siempre de mi conciencia humana, me había resistido a ingerir alcohol. Pero observaron que sus emanaciones me embriagaban más rápidamente que a ellos las libaciones y acercaban las

copas rebosantes, antes de apurarlas, a mis narices prolongadas de rey o de papa; los movibles cartilagos se distendían sensualmente y me tornaba beodo perdido en una maravillosa y fina beodez de opio o de hatchis. Me embriagaba de emanaciones de vino y de emanaciones de espíritus embriagados. Fuí el más loco de todos. Me subía a las espaldas de las sillas, en maravillosos equilibrios, como un loro o una grulla. Los muchachos, que estaban tan beodos que entendían mi pobre alma de pájaro, me tendían un dedo y yo trepaba por él y agitaba las alas. ¡Y les estaba tan agradecido de que al fin me entendieran, de que no lastimasen mis sedosas plumas, de que comprendiesen mi arquitectura de ave acuática, de que no encontraran ridícula mi prolongada nariz de ave, mi pequeña cabeza inclinada hacia adelante, mi plumaje gris y mis patas de flamenco! De todos los animales ¿a quiénes creéis que les van mejor los anteojos? A las aves sin duda. Hay algunas, como los buhos y los gallos, que tienen redondos ojos laterales que parecen lentes. Pues bien, como tienden a considerarme como hombre, no perciben la gracia de mis anteojos de oro, no la han percibido sino esta vez de mi relato en que estaban borrachos y eran almas de elegidos.

Sí; no perciben ni pobre alma de pájaro, de alas mutiladas, mi odio al contacto de la tierra, mi amor al agua y a los plateados peces, mi gravedad, mi inmovilidad y mi triste silencio de grulla. Todo lo que me dijeron las plácidas corrientes de agua, las verdinegras superficies misteriosas, en que, bajo el cerrado follaje de los árboles, crece la valinceria, y que me llena el alma, aún no ha encontrado expresión ni oyente. Yo traigo al mundo una revelación de aves y aún no hallé una alma gemela de grulla que me escuche...

Yo quisiera contar, sobre todo, la historia de la valinceria que he escuchado. La valinceria tiene sus raíces en el limo, bajo las aguas. En sus raíces hay una innata aspiración hacia medios más tenues. La ahoga el medio denso que la rodea: ella ama el agua, pero presente el aire. Y se prolonga dolorosamente en un largo tallo, que es la más sagrada aspiración hacia Dios que conozco. Cuando llega la época de su fecundación, redimida por el amor, al fin hace emerger sobre el agua una límpida flor de anhelo. Llega, flotante, salido de ella misma, el espíritu viril que ha de hacerla concebir, y la llena. Y entonces, el tallo, resignadamente, se vuelve al limo de su origen; gesta un vástago y muere. Del loto indio ya se hizo el símbolo de la aspiración hacia Dios.

¡Pobre grulla de patas esqueléticas, como dijiste en aquella misericordiosa reunión en casa del señor de Aretal algo de tu sabiduría de agua y de sombra! ¡Y aquellos buenos muchachos no te llamaron loca y besaste sus manos, temblorosa! Tu verdinegro hilo formó parte de la maravillosa tela urdida, que corrió de espejo a espejo, como la red que una sociedad de arañas tejiera para apresar revelaciones de espíritus superiores.

Pobre tela: al día siguiente la barrió la cocinera.

Mas cuando, con todo entusiasmo, la tejíamos, cayó en ella, pesado, rompiendo hilos, pero sin poder libertarse, una presa mayús-

cula: cayó León Franco. Cayó, cantó, lo amamos: lloramos las lágrimas de sus bambucos. Los muchachos besaron su boca de perro. Era como la apoteosis de la grulla y del perro: los milagrosos muchachos que habían entendido un alma de ave bien pudieron entender un alma de can. La hermena grulla lo presentó en su verdadera personalidad:

—¿Por qué no te cansa tu eterno descanso? Tú tienes los ojos de un gran perro manso.

—Perro, sí; clamaron todos: un perro que es casi un león.

Y el fresco y odorante poeta de Centro América, afirmó:

—Es cierto: me da la sensación de un perro.

—En verdad, asintió la fina alma de gatito, este Franco parece un perro.

Y Carlos:

—En sus ojos tiene toda la leal manse-dumbre de un perro.

Aretal no dijo nada: se habla de las nuevas verdades y ya para Aretal era una anciana verdad.

* * *

Al día siguiente de esta aceptación de la verdadera personalidad de Franco, cuando, enfermo como al alba que sigue a una noche de orgía, acudí a rendir mi homenaje al palacio de Aretal, encontré a éste, sobre el lecho, lleno de contusiones causadas la noche anterior por Carlos, en un juego al que llegaron ambos, en el último grado de la embriaguez. Parado frente a la mesa de trabajos literarios de nuestro huésped estaba León Franco, gozoso como un perro bien comido cuando sale de paseo, (en compañía de su amo, montado en gentil corcel), después de varios días de encierro en la perrera, en una lavada mañana primaveral. Es que Franco se iba: se iba al fin. En su diestra orgullosa había un grueso rollo de hojas volantes recién impresas. Lei:

PROGRAMA DE LA GRAN FUNCIÓN QUE LOS TROVADORES COLOMBIANOS DARÁN EN PUERTO LOBOS EL DÍA TANTOS, BAJO LOS AUSPICIOS DEL MUNIFICENTÍSIMO SEÑOR GOBERNADOR DE ATALANTA.

Seguían diez números interesantísimos.

El buen amo del cielo repetía su dádiva, para satisfacer el puro anhelo de Franco. Sólo que ahora, paternalmente, se la daba en una forma llena de previsión. Ya no en contantes monedas, que un perro sólo sabrá romper o perder, sino en la de una clara senda, en que no cabía perder el rumbo. Una divina idea iluminó el camino. La divina idea fue la de que bien podía Franco dar una función en un Puerto para obtener el precio del pasaje. Fue dada por medio de Aretal. El buen Franco albergó esta idea salvadora en su cabezota de perro. Cuando la inció Aretal, éste y su amigo encontraron pronto un obstáculo: los trovadores tenían que ser dos; una mancuerna, como decía Franco. Uno solo no era comprendido por el flamante artista ni lo comprendería el público. Por fortuna, Aretal era un hombre fecundo en recursos y halló lo que faltaba: un mundo y lirondo trovador colombiano nacido en Santiago de Chile. Un buen muchacho, que sabía cantar canciones de la tierra y que además disponía de los fondos necesarios para pagar la traslación en ferrocarril, hasta el puerto, de los líricos trovadores colombianos: un buen muchacho, amigo de las aventuras y del ocio, que sobre todo esto era dueño de alguna más iniciativa y algunas más ideas que un perro. Un hallazgo, un verdadero hallazgo.

Franco partió a los dos días. Pero yo lo siento cerca porque lo recuerdo y le tengo afecto. Soy como un amo que llora la ausencia de un perro fugitivo. No he encontrado ningún otro tan noble: a lo más, hallo gozquecillos o bonitos y menudos perros de agua; los he regalado a amigas afectuosas

La Pluma

Revista mensual
de Ciencia, Artes y Letras

Director: ALBERTO ZUM FELDE

Editores: ORSINI BERTANI & Cía. Montevideo

Precio del ejemplar:.....0.40 ORO

Redacción, Administración:
ROQUE GRASERAS 662.

de salones amueblados con buen gusto: ¡pero un leal perro: un perrote noble!

Franco no se ha ido. Lo siento cerca. Recordar es poseer: es vivir y dar vida. Así como hay vivos olvidados que están muertos, así hay muertos recordados que están vivos, y ausentes que sentimos cerca de nuestro corazón.

Habéis visto esos perros solicitados hacia el hogar doméstico por un miembro de la

familia de sus amos, que queda; y que, a pesar de esta atracción, al fin se deciden a seguir a otro miembro de la misma familia, que marcha. Así Franco vió a un amo invisible y lo siguió.

Franco emprendió un trotecillo corto; volvió a ver a Aretal y a mí, sus amos; aulló dolorosamente; y, siempre con el mismo trotecillo corto, se perdió en la calleja vecina: la odorante Honduras.

Rafael Arévalo Martínez

Guatemala.

Tablero

= 1928 =

Tres fragmentos del discurso-programa de Al Smith al aceptar la candidatura, que nos interesa reflexionar:

No hay punto de nuestro programa a que más sinceramente me comprometa, que el que quiere abolir la práctica del Presidente de entrar en acuerdo para el arreglo de disputas internas en los países latino-americanos, a menos que en ello consienta el Senado, como lo estipula la Constitución de los Estados Unidos. Personalmente declaro que la plataforma declara: «La intervención en los asuntos puramente internos de los países hispano-americanos debe cesar», y especialmente me comprometo a observar esta declaración con respecto a Méjico y los otros países de la América Latina.

También nos place y mucho, su terminante rechazo de la horrenda Doctrina Colidge, por la cual súbditos y propiedades saxoamericanas en el extranjero siguen siendo parte del dominio nacional. Pregunta Smith si los saxoamericanos aprobarían una doctrina que le diera a Francia, Inglaterra o Alemania el derecho de considerar a sus ciudadanos y propiedades, dentro de nuestras fronteras, como una parte de sus dominios propios.

«Las fuerzas hidráulicas—dice Smith—deben seguir siendo para siempre del dominio y control público». El pueblo debe poseer y controlar el sitio y la planta en el lugar mismo de las operaciones, «debe controlar el switch que conecta y desconecta la fuerza tan vorazmente buscada por ciertas corporaciones privadas carentes de la más mínima consideración por el bien público»

Telegrama que enviaron algunos amigos a la viuda del poeta Sáenz Morales:

Sra. de Sáenz Morales.

Managua.

Aj. del Director de *La Noticia*.

Nicaragua tenía a Sáenz Morales, ya que no a Rubén Darío; pero Apolo ha querido oír su flauta maravillosa y ya está con él. No lo llore; ámelo siempre y piénselo.

EUGENIA TORRES

J. GARCIA MONGE

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ROGELIO SOTELA

JULIAN MARCHENA

Sumario del número correspondiente al mes de Agosto, de la *Revista de las Es-*

pañias que publica en Madrid la Unión Ibero Americana:

El cultivo de las humanidades como lazo de unión ibero americana, por Luis Araujo Costa. *Parentesis antigeográfico*, por Fidelino de Figueiredo. La Hansa alemana, por León Martín Granizo. Fomentando el turismo en España. El régimen jurídico y de responsabilidad en la América indiana, por Carmelo Viñas. Sobre la Ciudad Patria, del P. Vitoria, por José Prat. *Revista literaria americana*, por Benjamín Jarnés. Índice de revistas, por Miguel Pérez Ferrero. Información política, social, económica y cultural española e iberoamericana. Vida social de la Unión Ibero Americana. Libros recibidos en la Biblioteca de la misma. Ilustran el texto interesantes grabados.

Bibliografía titular:

La Lira de José Joaquín Pérez. Santo Domingo, R. D. 1928.

Edición hecha en cumplimiento de un acuerdo de la Sociedad LA REPUBLICANA. Envío de don Fed. Enriquez y Carvajal.

Dr. J. Francisco V. Silva. La II edición de las BASES de Alberdi. Edición conmemorativa en su 75 aniversario. Córdoba (Rep. Arg). 1928.

Envío de la Revista de la Universidad Nacional de Córdoba.

Soledad. Novela por Bartolomé Mitre. Bs. Aires. 1928.

Edición y envío del Instituto de Literatura Argentina. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Conde de Keyserling: *Diario de Viaje de un Filósofo*. Tomo II. Espasa Calpe S. A. 1928. Envío de la citada casa editora.

Del Dr. Rowe, de la Unión Panamericana, en Washington:

Programa y Reglamento del concurso para la selección de un arquitecto para el FARO MONUMENTAL que las naciones del mundo erigirán en la República Dominicana a la memoria de CRISTOBAL COLÓN.

Publicado por la Unión Panamericana. 1928.

Domingo de Battemberg: *Cuba en 1928*. París. 1928.

Reminiscencias, Documentos, Informaciones, Gráficos, Artículos y Opiniones del VII CONGRESO DE LA PRENSA LATINA.

Carlos Elias Villanueva: *La charca*. Novela venezolana. Barcelona.

Novela de los días de la guerra y del odio.

Cosme de la Torriente: *Las relaciones de Cuba y los Estados Unidos. Dios nos hizo vecinos, que la justicia nos conserve amigos.* Habana. 1928.

Habio Estéfano: *Una página de la historia heroica de la humanidad*. La grandeza de una pequeña nación Portugal. Edit. NASCIMENTO. Santiago de Chile. 1928.

José M.^a Zeledón: *El Banco Ncional de Seguros y sus impugnadores*. San José de C. R. 1928.

C. Picado T.: *Particularidades de la biología médica Central Americana*. Bs. Aires. 1928.

Rudolf Schuller: *Las lenguas indígenas de Centro América*. Con especial referencia a los idiomas aborígenes de Costa Rica. San José de Costa Rica. Imp. Nacional. 1928.

Juan D. Byrne: *Verba Patriae* (Tópicos nacionalistas) Con un estudio político sobre JOSÉ MARTÍ. Habana. 1928.

Extractos y otras referencias de estas obras, se daran en próximas entregas.

De nuestros finados ilustres conviene recoger sus cartas. No tenemos esta costumbre, pero hay que ir la haciendo.

Publicamos ésta de González Rucavado que el poeta Carlos Luis Sáenz dejó a nuestro cargo:

Martes 3 de octubre

Srta. Julia Ulate García

San José

Como un amable recuerdo a la mente, llegó su cartita atenta a mis manos, en la que me solicita una página inédita de mis escritos para coleccionarla en un libro que el año II B del Colegio Superior de Señoritas va a formar con escritos de plumas costarricenses. Con cuánto placer se la proporcionaría a tenerla o si la pudiese crear ahora digna de las páginas de mis compatriotas y de la simpática e inteligente colegiala que lo solicita; que, aun cuando fuera como la enredadera abrazándose al tronco de enhiesto árbol lograra asomar sus ramillos por entre las hojas de la copa y disfrutar así, con ellas, de los rayos del sol de gloria y aprecio de Uds. que a ellos acariciara.

Dije amable recuerdo porque en otra época, antes de que me hubiese arrebatao el tráfago de la lucha por la vida, dedicaba buena parte de mi tiempo a dar gusto a mi espíritu cultivando las bellas letras: Hace tiempo que, con gran pesar mío no me doy esos esparcimientos, que si entonces no pudieron fijar mi nombre en la República de las Letras. a lo menos sirvieron para satisfacer mi alma, creyendo yo vivir en un ambiente de arte que traía equilibrio y bienestar a mi espíritu. ¡Tiempo bien empleado y feliz aquel que los jóvenes dedican al cultivo de sus sentimientos artísticos, que dedican al ejercicio de la pluma sin abandonar sus estudios, porque así los aparta de lo vulgar, los eleva y aleja de los vicios como los prepara para la creación de obras de arte que les dé honra y provecho y prestigio a nuestra amada Costa Rica.

Aplaudo la idea del año II B, pues revela anhelo de nacionalización, un deseo vivo de amar lo de nuestro país al interesarse por lo que produce. Otros tal vez pensarían en una colección de versos, artículos o pensamientos, de autores extranjeros renombrados para estudiarlos y formar exquisito gusto. Ustedes piensan en coleccionar arenitas de oro de las fuentes nacionales para tener una joya, muestra de arte y bien pensar de sus compatriotas. Quiera Dios que les resulte a la altura del buen deseo de Uds. y que buen gusto y rectos pensamientos campeen en ese libro.

Ruégole, pues, excusar a este su atento y seguro servidor,

C. GONZÁLEZ RUCAVADO

A propósito de nuestro Claudio González Rucavado, léanse estas frases sentidas:

El día 14 de setiembre, murió en esta ciudad el Lic. don Claudio González Rucavado, a la edad exacta de 50 años. En lo público, cultivó las Letras y el Derecho; en lo privado, cultivó los afectos mejores. Murió sin conocer el odio en ninguna de sus formas. Amó mucho y fue muy amado.

E. J. R.

(Reproducción No. 160)

DON CLAUDIO

Era el maestro tan sabio y tan discreto; tan lleno de bondad y mansedumbre... Como el agua su mágica palabra, toda cristal, bajaba de la cumbre.

Y era joven y pulcro, siempre bello. Jamás en su presencia un pensamiento

perverso o cruel salía de la mente: él ahuyentaba el mal siempre al momento.

Amaba la Virtud, la Ciencia, el Arte, la Justicia, el Derecho y el Trabajo. La luz de su bondad iluminaba hasta el dolor que marcha cabizbajo.

Pocas veces brindaron las deidades un ejemplo de vida tan hermosa; por eso su recuerdo en nuestras almas es luz y aroma, ritmo, estrella y rosa.

J. J. SALAS PÉREZ.

La editorial chilena NASCIMENTO, una de las más importantes de la América del Sur, nos ha remitido estas dos obras, recién salidas de sus prensas.

Bernard Shaw: *Sus mejores páginas*. Selección de Armando Donoso. Santiago de Chile. 1927.

Joaquín Edwards Bello: *El Chileno en Madrid*. Novela.—II edición. Santiago de Chile. 1928.

Una rectificación y una denuncia

(Viene de la página 200)

no del Gral. Calles por intermedio del Ministro señor Urquidí para agradecer la oportuna defensa que,—aplicando ya el derecho de la ciudadanía continental—, México hizo de mí. Ese mensaje gallardo es la demostración más elocuente del magnífico espíritu del pueblo salvadoreño unánimemente antiimperialista, y latinoamericanista. Como el de Guatemala, el pueblo del Salvador es pueblo viril celoso de su libertad. Mientras los gobiernos de Chacón y Romero Bosque envían ayuda a los yanquis y yanquistas de Nicaragua y hostilizan francamente toda labor pro-Sandino, el segundo jefe del héroe glorioso de nuestra generación, es un guatemalteco, y cientos de hijos de Guatemala y del Salvador,—muchachos hasta de diez y seis años escapados de sus colegios—han ido a reunirse a las filas de nuestro héroe o intentado hacerlo sin realizarlo como ocurrió a varios miembros de la juventud aprista salvadoreña.

He ahí «la democracia concertada.» El señor García Calderón cree como yo podía haber creído antes de verla por mí mismo, en esa utópica democracia que S. E. el Sr. Gustavo Guerrero, en Europa y S. E. el Sr. Juan Ramón Uriarte en América Latina, presentan al mundo. Avergonzados sin duda de su realidad, caen en mentira. Hay que

disculpase por la buena intención de no aparecer como representantes de tiranuelos primitivos a órdenes del imperialismo. La realidad es otra, por sobre la buena intención de los Excmos. señores Guerrero y Uriarte, responsables del Salvador que deliberadamente *falsifican* para la exportación. Así los representantes de Guatemala, de quienes recuerdo a un famoso señor Aguirre Velazquez que cuando fué Ministro en México declamó latinoamericanismo e hizo patéticas declaraciones de independencia, siendo en la realidad un xenófobo de conveniencia en Guatemala y un *asociado* con la United Fruit Co.—el siniestro vampiro de estas tierras—en la redacción de su diario *Excelsior*, defensor del imperialismo y del odio a Honduras en nombre de un oportunista «Guatemala uber alles».

Y hasta aquí mi rectificación. ¿Mi juicio sobre Costa Rica? Déje reservarlo. Si ya tuviera algo que criticar, lo haría. Hasta ahora, es el primer país de Centro América en donde no me ha llamado la policía para notificarme que no debo callar todo lo no grato para la política de los Estados Unidos. Hasta ahora tampoco he notado espías cerca de mí, y en cambio hallé grandes amigos nobilísimos, intelectuales independientes, prensa antiimperialista, pueblo ama-

ble y—valga párrafo especial—campesinos hospitalarios que, en mi reciente ascensión al cráter encendido del imponente Irazú, calmaron mi hambre y mi sed y me brindaron generosamente un lecho limpio de esteras de plátano para que pasara la noche ensombrecida por la tormenta. Si después de mis conferencias, no me expulsan, diré que Costa Rica es en verdad «democracia concertada», país libre y que el señor García Calderón no se ha equivocado en este caso. Lo deseo mucho, por estos tranquilos costarricenses, amables, tan dignos de no llevar sobre las frentes el yugo ominoso que gobernantes traidores de Guatemala y El Salvador pretenden imponer a sus nobles pueblos.

Muy cordial y apristamente.

Haya de la Torre

San José de Costa Rica,
29 de setiembre de 1928.

P. S.—*Notas a esta carta.*—Después de escrita, los diarios han publicado extensamente las noticias telegráficas de la suspensión total de garantías constitucionales en Guatemala y el establecimiento de la censura de la prensa. Todo por cinco meses según anuncia el antiguo servidor de Cabrera, Gral. Chacón. Las noticias telegráficas de El Salvador publicadas en *El Mundo* (San José de Costa Rica Octubre 1.º) dicen que la situación en ese país es cada vez más difícil. Pavletich continúa escondido y D. Alberto Masferrer, ultrajado y amenazado, tendrá que abandonar el país. Un grupo de sus discípulos y amigos de Costa Rica le invitará a escoger esta noble tierra como asilo. Masferrer es el Secretario Gral. del *Apra* salvadoreña y una víctima de las furias imperialistas con una historia gloriosa de luchas por la justicia. Y otra nota; el origen de la hipoteca del Salvador al imperialismo fué la obra de pavimentación, lápida de asfalto a la muerta soberanía nacional, que cuesta 70 millones. Ahora que he visto entre las proponentes para la pavimentación de Costa Rica a la *Foundation Co.* y otras de triste recuerdo en la América Latina he temblado por Costa Rica. Ojalá se libren de la *Foundation*,—de la que no pudo librarse el Perú por las complicidades siniestras de Leguía con el imperialismo—, y Costa Rica no repita la historia dolorosa y vergonzosa de El Salvador.—H. D.

CABLE

San José de Costa Rica,
27 de setiembre de 1928.

GERMAN ARCINIEGAS

Bogotá.

Estamos con Colombia todos los latinoamericanos de honor.

García Monge. Haya Delatorre. Carmen Lyra. Joseph Jolibois. Gral. J. Volio. Rafael Estrada. Luis Cruz Meza. Diputado J. Padilla. Profesor Mario Fernández. Marco A. Zumbado, Presidente Federación Estudiantes. Moisés Vincezi. José María Zedón. Rubén Coto. Octavio Jiménez. Omar Dengo. Fernando Quirós, Presidente Estudiantes Farmacia. Profesor Carlos Luis Sáenz. Dr. Moreno Cañas. Dr. Victory. Drs. Mateo y Ricardo Fournier. Víctor Quesada. Bolívar Moya, Presidente Estudiantes Escuela Normal. Dr. Alejandro Montero.

Bogotá, 29 de setiembre
a las 11.15 de la noche.

Lco. García Monge, Haya, amigos

San José.

Actitud Colombia obedece elemental afirmación soberanía patria. Es expresión espíritu raza. Menor vacilación, traicionariala. Emocionados agradecemos mensaje.

GERMAN ARCINIEGAS

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

LA SASTRERÍA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de **¢ 4.50** c/u.

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERÍA AMERICANA son los de más fina calidad.

J. PIEDRA & Hno.

Lado Oeste de Foto Hernández